

A close-up portrait of a man with light brown hair, blue eyes, and a light beard. He is looking directly at the camera with a neutral expression. The background is dark and out of focus.

*ESOS OJOS  
ME SUENAN*

**NATALIA DIVÁN**

Esos ojos me sueñan

Natalia Diván

Copyright © 2019 Natalia Diván  
Todos los derechos reservados.

# Índice

[Barcelona](#)

[Bon voyage](#)

[Esos ojos me suenan](#)

[La fiesta](#)

[All-in](#)

[Problemas en el paraíso](#)

[Carrera en Florencia](#)

[Escapada nocturna](#)

[Remembranzas](#)

[Amor visceral](#)

[Una idea genial](#)

[Declaración de guerra](#)

[¡Guerra!](#)

[Entre mareas](#)

[La oscura noche](#)

[La pesadilla](#)

[S.O.S.](#)

[Todavía perdida](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

# Barcelona

Jueves.

Amy se paseaba ociosamente por Paseo de Gracia mientras observaba la belleza de los edificios modernistas y las caras de los viandantes, extranjeros y barceloneses a partes iguales. Había empleado toda la mañana en fundir su tarjeta de débito en las tiendas de aquella misma calle. Luego, por la tarde, un poco de turismo por la ciudad, y ahora, que comenzaba a anochecer, volvía al punto de partida para hacer tiempo hasta la cena.

Vio reflejada en un escaparate a una mujer alta, con un elegante vestido blanco, muy veraniego y fresco, y unas gafas de sol que le conferían cierto aire de sofisticación. Se acercó para observar con más atención: era ella, y el sol de julio pegaba tan fuerte que su piel se había teñido de rojo. ¡Parecía un cangrejo! Pero no había problema:

*Nada que un poco de crema after sun no pueda arreglar, pensó.*

Amy era una mujer estadounidense de treinta y un años, periodista, cosmopolita, totalmente independiente y muy orgullosa de serlo. No tenía pareja ni la necesitaba.

Era guapa, aunque tampoco un bellezón. Es decir, no era ‘del montón’; como mínimo, del montón bueno. En fin, que era una chica que llamaba ciertamente la atención y que podía tener a muchos hombres tras de sí, aunque se interesaba por pocos, y a los que prestaba algo de interés, nunca demasiado. Su tiempo, mayoritariamente lo empleaba en sí misma, en su trabajo, y, ocasionalmente, en algún lío esporádico de una noche, pero Amy, pese a que, como ya se ha indicado, no requería de pareja para que su vida estuviese completa, sí que ansiaba casarse y formar una familia. Sin embargo, como ningún hombre le hacía nacer eso que solemos llamar amor (aunque muchos lo intentaban), permanecía soltera desde hacía muchos años, desde aquella única vez, hacía ya tanto, en la que había logrado pronunciar las palabras *te quiero* a un hombre.

Había llegado hacía tres días a España, para embarcar al siguiente del cual nos encontramos en un crucero que surcaría el Mediterráneo y haría parada en Francia, Mónaco y varias de las más importantes ciudades italianas. Mientras tanto, no había desaprovechado su permanencia en el país íbero, y había empleado su tiempo a hacer turismo y visitar los encantos de la ciudad condal.

Miró su reloj y observó que se empezaba a hacer muy tarde. Pensó en buscar un restaurante no muy caro, sentarse en la terraza, de forma que disfrutara de los últimos rayos de luz, cenar algo de gastronomía local y volver al hotel, a reponer fuerzas para el día siguiente, que buena falta le haría.

Continuó caminando un rato en la búsqueda de un buen lugar donde comer, indecisa. Amy era así, siempre vacilante.

Se topó con un grupo de música callejero y se detuvo a escuchar, uniéndose al corrillo de personas que ya rodeaba a los artistas. Uno de ellos era teclista, otro violinista y, la única chica de todos ellos, era la cantante.

Interpretaban una versión moderna de *Smooth Criminal*, de Michael Jackson. A Amy le encantaba la canción y se la sabía de memoria.

*Annie, are you ok? So, Annie are you ok? Are you ok, Annie?*, tarareaba al unísono que la cantante. Muchos recuerdos antiguos la embriagaron por un momento y su mente se disipó hasta que la artista, que ya había terminado la actuación, se quitó el sombrero y se acercó a los espectadores para pedir dinero. Amy reaccionó con rapidez y sacó de su bolso un pequeño monedero, muy *chic*, del que obtuvo algunas monedas de poco valor que le cedió a la mujer. Ésta le sonrió y ella devolvió la sonrisa.

Retomó su búsqueda y continuó deambulando un poco más hasta que observó a una pareja de turistas comiendo paella en una mesa. ¡Ah, le apetecía muchísimo probar eso!

Se sentó también en una mesa, sin pensárselo ni un momento más.

# Bon voyage

Viernes.

Amy ya había facturado la maleta y le habían indicado que su habitación sería la 625.

Estaba tan nerviosa... nunca se había subido a un crucero, pero sabía a priori que lo disfrutaría mucho. No podía ser de otra manera, ¡todo el mundo disfruta navegando, cenando bien y tostándose en una piscina bajo el sol mediterráneo!

Permanecía sentada en un asiento del terminal del puerto, observando a todas las familias y parejas que serían sus vecinos durante siete días.

Sin embargo, era la única persona allí que parecía viajar sola, y tal cosa la apenada un poco; no tenía a nadie con quien compartir ese momento tan bonito, que quizás es gran parte del encanto de viajar.

*La compañía está sobrevalorada*, se dijo a sí misma al cabo de unos instantes, como intentando forzarse a sí misma a pensar que no se está tan mal sola. Y es que realmente eso creía ella, quien en el pasado lo había pasado tan mal y había sufrido tanto, que desde hacía mucho no sólo no tenía interés en ningún hombre, sino que tampoco confiaba en ellos, pese a que deseaba hacerlo. Pero digamos que no aparecía en su vida el adecuado, aquel que despertara una chispa tan grande en Amy que supiera identificarlo sin lugar a dudas.

*Amy Greene, Amy Greene*, la llamaba una voz por megafonía. El personal iba solicitando uno a uno a los pasajeros para que accedieran a la zona de embarque, y le había tocado su turno. Se dispuso, y salió velozmente hacia donde se le indicaba.

Mostró su pasaporte a una azafata y ésta la condujo hasta una pasarela que, al final, daba acceso directo a una entrada del crucero.

Recorrió el camino y, como el techo era de cristal, podía observar, afuera, el barco. Le pareció enorme, aunque quizás ella era muy pequeñita. Realmente, en aquel momento en el que estaba tan nerviosa, y más siendo aquella su primera vez como crucerista, cualquier barco le hubiera parecido grande. Aunque éste, ciertamente, lo era.

Una vez dentro, el recepcionista, hablando en inglés pero con un marcado acento español y tras haber buscado sus datos, le volvió a indicar que su habitación era la 625, y que su maleta ya estaría en el camarote.

—Una última cosa —le dijo a Amy al tiempo que le entregaba un folleto—, estos son los horarios en que las distintas instalaciones están abiertas. Los desayunos y almuerzos se realizan en el buffet, en la cubierta superior. Para las cenas usted tiene asignado el Restaurante Caribe —existían varios en el crucero—, que está en la cubierta diez. Por defecto, a las personas que viajan solas, se les empareja con otro crucerista para compartir la mesa durante toda la semana, para fomentar la sociabilidad y facilitar el hecho de conocer a personas durante el viaje. En cualquier caso, si lo prefiere, le podemos asignar una mesa individual.

Amy suponía que no sólo lo hacían por ese motivo, sino también para que hubiera más mesas libres. En fin, supuso que no sería malo tener algo de conversación durante la noche, así que le pareció una

buena opción.

—No hay ningún problema.

Tras declinar la oferta y el recepcionista explicarle alguna cosa más sobre su estancia en el crucero, partió en busca de su camarote. Abrió con la tarjeta electrónica que le habían facilitado. La habitación era pequeña, pero decorada con un gusto exquisito, y los muebles, de madera, se notaba que eran muy caros.

Como la habitación estaba a bastantes metros por encima del nivel del mar, disponía de una terracita con sillas. Amy, tras guardar en el armario la ropa que contenía su maleta (que ya estaba en el camarote cuando había llegado), se sentó para disfrutar de la vista del puerto marítimo, ya que el barco, todavía, no había zarpado, aunque sabía que faltaba poco tiempo para eso.

Comenzó a darle vueltas a la cabeza. Llevaba una temporada estancada profesionalmente. Aunque trabajaba para la sección de moda de una revista local de Nueva York, y de vez en cuando le ofrecían otros trabajos como freelance, éstos, últimamente, apenas le permitían continuar con su nivel de vida, que no es que fuera demasiado frenético, pero cualquier vida más o menos digna en aquella ciudad requería de ingentes cantidades de dinero, y todo cada vez estaba más caro. Este viaje le estaba costando más de lo que, quizás, pudiera permitirse. Tanto es así, que sólo se lo podía permitir porque muy recientemente había ganado una pequeña fortuna jugando a la lotería.

En la misma revista para la que trabajaba, recientemente había quedado vacante un puesto en la sección de actualidad en el que se requerían tres artículos semanales, cuando a ella sólo le solicitaban uno, lo cual suponía una diferencia en el sueldo notoria. Amy ansiaba el trabajo, y así se lo había hecho saber al director de la publicación. Éste, consciente de que nuestra protagonista era muy buena escribiendo los temas más o menos banales que solía tratar, se mostraba receloso de que fuera tan hábil en esa otra sección a la que Amy aspiraba, así que le pidió un artículo o reportaje de prueba, prometiéndole que, dependiendo de la calidad de éste, sopesaría muy seriamente su petición.

*Debo escribir algo genial. Irreverente, pensó.*

El mayor temor de Amy era que, realmente, no sabía de qué escribir, y había llegado a pensar que, quizás, realmente no serviría para esa otra sección más seria a la que aspiraba, pero no iba a darse por vencida, al menos por ahora. Así, había decidido realizar este viaje para refrescar su mente y volver cargada de ideas. Lo que todavía no se imaginaba es que sería aquí, en el crucero, donde hallaría un gran tema del que escribir.



# Esos ojos me sueñan

**E**l viento azotaba directamente la cara de Amy, que volvía a estar sentada en el mismo asiento y en el mismo lugar (la terraza de su camarote), en los que había estado esa misma mañana.

Ahora, la situación era diferente: el cielo lucía totalmente negro y el crucero ya había zarpado.

Con la cabeza muy inclinada, casi que resultaba una postura un tanto incómoda, Amy observaba las estrellas del firmamento: había muchas. Muchísimas. Se trataba de un escenario totalmente distinto al que estaba acostumbrada a apreciar en Nueva York.

*La contaminación lumínica*, supuso, y, mientras se levantaba con resignación para entrar en su habitación, musitó:

*Los humanos somos unos mierdas.*

Durante toda la jornada, se había dedicado a disfrutar de las instalaciones del barco: primero, un copioso almuerzo en el buffet. Después, se limitó a leer una novela que tenía aparcada, mientras se turnaba entre la hamaca al sol y el jacuzzi. Ahora era el momento de cenar.

Se contempló en el espejo de cuerpo entero que presidía las puertas del armario. Su piel se había puesto incluso más morena de lo que ya estaba fruto de los tres días en Barcelona.

*Estoy guapa...* pensó, y eso que ella no era muy dada a piropearse a sí misma, sino todo lo contrario.

Tras unos momentos dedicados al narcisismo más absoluto, se peinó su pelo castaño que, tras la ducha, se secó con el viento en la terraza. A continuación, se lo moldeó con una plancha y procedió a vestirse.

En su camarote (y realmente en todos los del crucero) había una pequeña televisión, colgada del techo, que por defecto mostraba en qué punto exacto se encontraban navegando. Amy se fijó y descubrió que surcaban la costa francesa, cerca de Marsella. Esto lo supo porque un punto en el mapa indicaba la localización de esta ciudad; de otra forma, no hubiera tenido ni idea, ya que ella de geografía europea sabía lo justo.

El vestido que había elegido no era de los más impresionantes que tenía en la maleta, pero resultaba una buena elección: escote pronunciado y de largo hasta las rodillas; el blanco de la prenda contrastaba hermosamente con su nuevo color de piel.

Amy, gracias a su trabajo y a todo lo que tenía que documentarse sobre moda (entre otras cosas), había logrado aprender trucos verdaderamente útiles que se aplicaba en su día a día. Uno de ellos era que, por supuesto, las mujeres pueden optar por presumir de piernas o escote, pero que ambas cosas a la vez era considerado (según algunos) de mal gusto; que si te decantabas por una de estas dos opciones de forma muy exagerada, fueras recatada con la otra. Otra norma *fashionista* rezaba que en la moda, las reglas están hechas para romperse. En fin, entre estas contradicciones Amy solía optar por una u otra según le acompañara su humor el día, y también solía dejarse llevar según la compañía y el ambiente. Finalmente, optó por no arriesgarse.

*No me vayan a comer con la mirada estos estirados*, pensó.

Quizás, incluso, hubiera algún famoso internacional en el barco. Podría robarle algunas fotos y venderlas a las revistas. Sólo había trabajado como paparazzi dos veces en su vida, pero por necesidad económica. Y todo apuntaba a que pronto debería recurrir a este medio de nuevo.

Apartó de su mente los problemas económicos, con los que ya se había martirizado bastante durante todo el día, y recordó la conversación con el recepcionista, que le indicó que compartiría mesa con otro comensal que acudía solo al crucero.

¡Ah, tenía tantas ganas de conocer quién sería! Ojalá esa persona hablase inglés, ya que Amy no era capaz de expresarse en ninguna otra lengua más que la de Shakespeare.

*¿Cómo se preguntará algo tan simple como el nombre en lengua de signos?, comenzó a reflexionar, debería ser una asignatura obligatoria en el instituto.*

Finalmente, tras divagar un poco consigo misma sobre todo un poco, abandonó su camarote para dirigirse al Restaurante Caribe. Se preguntó si el nombre de éste se debiera a la comida que servían o a la decoración. En fin, pronto lo descubriría.

Subió en ascensor hasta la cubierta diez, que es donde se localizaba el restaurante, y encontró la entrada de éste a tan sólo unos diez metros. Había una pequeña cola de tres parejas.

*Soy la única que va sola.*

Hay personas (muchas, muchísimas) que sienten pánico en hacer actividades solas. Muchas se ven ridículas, y más bien este pensamiento es el ridículo. Amy era consciente de tal cosa y, como buena mujer independiente, no tenía el menor problema en ir sin acompañamiento alguno por el mundo.

Sin embargo, en esta ocasión, en esta cola, sí sintió algo de embarazo.

*¿Qué pensarán de mí? ¿Que nadie me quiere, que soy una solterona de treinta y un años que ha fracasado respecto al amor e incluso a la amistad? Estoy sola, rodeada de gente en pareja...*

Cierto pánico irracional comenzó a invadirla. Realmente, no estaba sola. Tenía numerosas buenas amigas, y también buenos amigos, que se hubieran ofrecido a acompañarla en estas vacaciones, pero ella no le había comentado nada a nadie. Quería desconectar de su mundo, lo cual explicaba que viajara totalmente por su cuenta.

*Pero ellos no lo saben,* pensaba, refiriéndose a todo el mundo que la rodeaba.

Nunca antes había pensado en esto, que ella consideraba ridículo, pero le quedaban apenas cuatro años para llegar a los treinta y cinco, y no había estado enamorada desde hacía mucho.

Le solían preguntar si quería ser madre, a lo que ella solía responder que, si sus circunstancias personales se lo permitían, sí. Amy consideraba que estas circunstancias comprendían, sobre todo y casi exclusivamente, tener una pareja que fuera buena y a la que quisiera.

*¿Ser madre soltera en Nueva York, con lo poco que cobro? De ninguna manera,* se decía una y otra vez. No disponía del suficiente dinero para contratar a un cuidador, por lo que se veía obligada a encontrar a un buen hombre para emprender la aventura de la maternidad. Así, sería más fácil cuidar del bebé entre los dos.

Pero el tiempo avanzaba, y su reloj biológico también.

*Oh, Dios. Estoy echando a perder mi vida.*

Comenzaba a agobiarse y se rascó el brazo. Siempre que estaba nerviosa los picores la atacaban.

*Vamos, no estamos en el siglo XX. No necesito ser madre para estar completa*, se decía para tranquilizarse a sí misma, mientras la cola avanzaba y ya sólo quedaba una pareja delante de ella.

*Además, siempre puedo adoptar, que es como parir pero ahorrándome los dolores. Todo ventajas.*

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el maître, que le estaba diciendo algo en español, lo cual, por supuesto, no alcanzaba a entender.

—*Excuse me...*—dijo ella, despertando del ensimismamiento.

—¿Su número de habitación, por favor? —le preguntaba ahora en inglés.

Amy se lo indicó, él la tachó de un libro que tenía consigo y avisó a un camarero para que la acompañase a su mesa.

—La veintitrés —le indicó el maître a su compañero.

Y éste llevó a Amy hasta la mesa número veintitrés, donde ya la aguardaba el otro misterioso comensal, al que lo vio, por primera vez, de espaldas.

*Varón, blanco, cabello corto, moreno...* escrutaba a medida que se acercaba a él.

*Lleva una americana celeste, vaqueros y camisa blanca... veo que él tampoco arriesga mucho.*

El camarero retiró la silla de la mesa e invitó a Amy a sentarse. Agradeció el gesto y quedó a solas con el hombre misterioso, que la miraba muy serio, fijamente a los ojos.

*Es guapo. Es rematadamente guapo. Y es de mi edad, creo. Incluso un poco más joven. No estoy segura. Pero es rematadamente guapo.*

—Hola —le dijo ella en inglés.

Él quedó unos segundos en silencio, y la situación tornó a ciertamente tensa, hasta que, al fin, alcanzó a saludarla con un acento muy estadounidense.

Amy cogió el menú y empezó a leer. Apartó la vista dos veces de éste y miró de soslayo al hombre misterioso, descubriendo en el acto que él tampoco le apartaba la mirada. Se sintió absolutamente incómoda, casi acosada.

—¿Cómo se llama? —preguntó, fijando de nuevo la mirada a él.

—John... Johnny. Johnny Jackson —dijo secamente—. ¿Y usted?

—Puede llamarme Amy.

Él carraspeó, nervioso, y le dio un sorbo a su copa de vino. Como no había realizado ningún comentario para proseguir con la conversación, volvió a la carta en la búsqueda de algo que le apeteciera comer.

El camarero llegó y pidió vino, ensalada y chuleta de pavo.

El salón donde se encontraban era hermoso, exquisitamente decorado, muy elegante, pero nada que ver con el Caribe. Aquí pudo comprobar que el nombre del restaurante debía su existencia,

posiblemente, al azar.

Un pianista tocaba a tan sólo unos metros de ellos, por lo que podían escucharlo perfectamente, más teniendo en cuenta que el resto de comensales, todos en sus respectivas mesas, no hacían demasiado ruido.

Amy continuó mirando de reojo a Johnny, sin atreverse a decir nada, pues temía que éste le contestase de forma áspera, como había hecho hasta ahora.

Entonces, ahondando en su mirada, muy verde, muy preciosa, se dio cuenta de algo.

*Esos ojos me suenan.*

Al principio le pareció una estupidez aquel pensamiento. Ese hombre le era totalmente desconocido. Quizás le recordaba a otra persona.

Bajó la mirada, aturdida y pestañeó unas cuantas veces, como intentando espabilarse. Intentó disfrutar de la música en directo, pero el interés por aquellos ojos le hicieron fijarse en ellos de nuevo. ¡Los había visto antes!

*No, no, es imposible.* Estaba muy lejos de su ciudad, Nueva York. Más de 6000 kilómetros la separaban de donde había nacido, donde se había criado y donde siempre, en definitiva, había vivido. La posibilidad de haber coincidido con él anteriormente era remota.

Ningún otro rasgo de su cuerpo, de su cara, le resultaba familiar; sólo le sonaban los ojos, decorados con unas oscuras pestañas negras. Y mientras más los miraba, más convencida se sentía de no ser la primera vez que se fijaba en ellos.

*Los he visto antes, estoy segura. Los he visto de cerca. Lo recuerdo por lo bonitos que son. ¿Me atrevo a preguntarle...?*

Ahora lo miraba inquisitorialmente. Él no se había percatado de ello todavía, o al menos eso parecía.

Ciertamente, el acento de aquel hombre sonaba estadounidense, y su nombre era anglosajón, por lo que perfectamente podría haberlo conocido en Nueva York... ¿sería posible haber coincidido con él cuando eran más jóvenes? También empezaba a barajar la opción de que fuera famoso, y por eso le sonara.

El camarero llegó y le sirvió a Amy su copa de vino. A continuación, trajo su ensalada. Ya podía comenzar a cenar, al igual que su compañero de mesa.

—¿De dónde es usted? —se aventuró finalmente a preguntar, con un tono muy alegre que invitaba a la conversación.

Él la miró, con los ojos muy abiertos, tanto que tal cosa inquietó ciertamente a Amy, y, tras tragar saliva, dijo:

—De Misisipi.

Aguardó unos segundos, esperando a que Johnny le hiciera, por cortesía, la misma pregunta a ella, pero tal cosa jamás llegó. En cualquier caso, aunque era bien evidente que el hombre misterioso no tenía interés ninguno en continuar aquella conversación, ella sí lo haría.

—Jamás he estado allí. Soy neoyorkina —dijo muy orgullosa, sonriéndole en todo momento—. Esta

es la primera vez que visito Europa. ¿Es también su primera vez, señor Jackson?

—No, no, de ningún modo. Viajo mucho —lo dijo con una espontaneidad que, por primera vez en toda la conversación, parecía que decía algo verídico y no inventado y meditado.

—¡Ah, con que viaja mucho! ¿Es por trabajo?

Johnny bebió agua para ganar tiempo.

—No... es que tengo mucha familia por toda Europa.

Aquel hombre no sonaba, en absoluto, de Misisipi. No tenía ese acento sureño tan característico...

Amy estaba segura de que la estaba engañando, por alguna razón que se le escapaba. ¿No querría ser reconocido?

—Verá... —se atrevió a decir por fin—. Sé que esto va a sonar muy raro —esbozó una sonrisa pícaro—, pero creo que le conozco. Sí, sí, posiblemente sea una locura, pero tengo esa sensación desde que me senté aquí con usted.

El hombre hizo una mueca con la boca, apuntó la mirada hacia arriba, como pensando sus próximas palabras y, al tiempo que arqueaba una ceja, dijo:

—No es una locura que mi cara le resulte familiar... piénselo: los occidentales solemos decir que los chinos, por ejemplo, se parecen mucho entre ellos, tanto que es casi imposible distinguirlos a veces. Creo que eso, señora...

—Greene —lo auxilió—. Amy Greene.

—Como decía —prosiguió, sonriendo—, señora Greene, creo que eso, realmente, ocurre en todas las etnias del mundo. Así que sí, es totalmente lógico y comprensible que yo le recuerde a alguien.

Johnny hablaba con una tranquilidad y con una elegancia tan impropia de alguien de su edad (la misma que la de Amy) que le resultaba cautivador. En cualquier caso, según la visión de nuestra protagonista, éste intentaba hablar desde un raciocinio tan profundo y esgrimiendo unas verdades tan, aparentemente, irrefutables, para enmascarar la verdad, que Amy rio sonoramente.

—Lo cual no quita que usted y yo hayamos coincidido alguna vez, o al menos que yo le conozca de algo. ¿No está de acuerdo?

—Estoy totalmente de acuerdo, pero la posibilidad es remota —advirtió, al tiempo que Amy corroboraba sus palabras con un gesto con la cabeza.

Durante el resto de la conversación, continuaron hablando de otros temas banales.

Aunque no estaba convencida del todo de la versión de Johnny, sí que se le antojaba más certera la siguiente opción: el mutismo inicial del hombre se había esfumado y ahora hablaba de forma más activa, tanto como ella. Quizás, pensó, era un poco tímido, y con un poco de insistencia había logrado que se soltara.

Estaba interesada en el hombre misterioso (que ya no lo era tanto), pero no debía olvidar que el motivo que le había conducido a tomar el crucero había sido despejarse para inspirarse y ser capaz de escribir mejores artículos que le reportaran más dinero, lo cual suponía, también, el ambicioso proyecto de desarrollarse como profesional, ante un nuevo público y ante un nuevo estilo

periodístico. Ésa debía ser la principal preocupación de Amy, que todavía no imaginaba, ni por asomo, que Johnny estaría mucho más presente en sus pensamientos de lo que inicialmente podía pensar.

# La fiesta

Le dio un sorbo a la copa y el licor bajaba por su garganta hasta el estómago. Aquella bebida la hacía animarse.

Tras la cena, había asistido en el teatro del crucero a un espectáculo musical de los ochenta. Mucha Madonna, mucho Prince, mucho Michael Jackson... lo típico.

Después, subió a la cubierta superior donde, bajo la luz de las estrellas que tanto fascinaban a Amy, estaba empezando una fiesta. Sofisticadas bebidas con alcohol y frutas, música pinchada por un DJ, valientes que con el esmoquin y los vestidos puestos se lanzaban a la piscina... en fin, un paraíso del que no quería escapar.

Había llegado de las primeras y ahora, tumbada en una hamaca, bebiendo y alejada del grueso de personas, observaba, a lo lejos, como cada vez llegaban más y más.

Eran las doce de la noche y no tenía sueño. Se sentía muy despierta, pero desanimada para conocer a nadie. No tenía el desparpajo que se requiere para hacer amigos sola, en un lugar en el que nadie te conoce y sin otros amigos que te animen desde atrás.

Entonces, unos ojos se toparon con Amy y, sin que ella lo advirtiese, se acercó a hablarle.

—Hola, guapa —le dijo en español, pero con un marcadísimo acento que ella no supo averiguar de dónde provenía.

Amy lo observó y descubrió ante sí a un señor mucho mayor que ella, de unos cincuenta años, bajito, calvo, rechoncho y bastante feo. Ni siquiera vestía bien: unos vaqueros y una camisa arrugada no iban a impresionar a nuestra protagonista.

Quizás fuera una hermosísima persona por dentro, quizás, pero Amy no tenía ningún interés en hablar con alguien que, muy posiblemente, intentaría ligar con ella, cuando él, por el contrario, no sólo no la atraía, sino que la incomodaba.

—Lo siento, no hablo español —dijo secamente en inglés.

—Yo tampoco; soy francés —dijo ahora en inglés el gordito señor, sin que ello la animase lo más mínimo a interactuar con él.

Se le vino a la mente a Amy lo suertuda que era ella de hablar, como lengua materna, el idioma que había logrado imponerse sobre todos los demás alrededor del globo terráqueo.

*Nosotros, los estadounidenses, creemos que no tenemos la necesidad de aprender ningún otro idioma. Pero los demás se ven obligados...*

Ella era consciente que otras lenguas, como el español o el francés, lentamente, sin hacer mucho ruido, cada vez iban ganando más y más terreno, ya no sólo en el ámbito empresarial, sino también en el cultural. Quizás, era el momento de que la angloesfera se pusiera las pilas para no quedarse atrás, pensó.

*¡Ah, qué idea! ¡Es maravillosa! ¡Puedo escribir sobre esto...! Pero ya otros lo habrán hecho seguramente. En cualquier caso, no creo que sea un tema muy trillado... debo investigarlo.*

—¿En qué piensas, chica guapa? —le preguntó el hombrecito a Amy, que estaba absorta en sus pensamientos.

—En mis cosas... estoy muy ocupada pensando en mis cosas, ¿sabes? —contestó ella, intentando zafarse de aquel pesado sin ser demasiado borde, aunque no rechazaba la idea de serlo si aquél se ponía muy pesado.

Él se acomodó junto a ella en la hamaca, sin decir palabra alguna más, por el momento.

Amy volvió su mirada al gentío. Cada vez se aglutinaban más y más personas allí. Entonces, entre los asistentes, vio a un hombre que se separaba de la multitud, con copa en mano, y se dirigía a la borda. Se apoyó en el parapeto y observó el mar.

Sólo lo veía de espaldas y, por la ropa que llevaba y su pelo oscuro, le pareció que era Johnny. Entonces, el hombre se volvió, sin dejar de estar apoyado al filo, y descubrió su cara, siendo efectivamente quien Amy creía que era.

*Maravillosa casualidad*, pensó, sin saber si dirigirse a él y hablarle.

—Me llamo Florian, ¿y tú? —le preguntó el hombre que estaba sentado a su lado, del que ya se había olvidado Amy.

—Annabel —le mintió.

*Quizás, yo le resulto a Johnny igual de incordiosa que este señor a mí*, y, con tal idea, se retrajo de dirigirse al hombre misterioso, aunque continuó observando todo lo que hacía.

—Oye, normalmente soy un caballero con las damas, y más con las que son tan guapas como tú... En fin, que todo lo que he bebido está empezando a subírseme a la cabeza, y la música esta que suena se me hace pesada... ¿Me acompañas a mi habitación?

Amy lo miró despectivamente, le asestó un seco *no* y continuó observando al hombre que tanto interés le suscitaba.

Entonces, vio a otro hombre que, también copa en mano, se dirigía a Johnny y hablaba con él. Éste era más joven, de unos veintimuchos años, y rematadamente guapo, tanto o incluso más que el otro.

Ambos reían y conversaban muy amistosamente. ¡Ah, cómo deseaba ser partícipe de aquella charla, o al menos escucharla!

—Mira, es la última oportunidad que te doy... vente a la cama conmigo o se lo digo a otra, que aquí hay tías a puñado —dijo el francés, que no paraba de beber y cada vez estaba más borracho. Amy lo miró con el mayor de los desprecios.

*No te lanzo mi copa a la cara para no montar un espectáculo*, pensó, sin atreverse a decirle tal cosa, no fuera a enfurecer aquel borracho. En su lugar, manifestó lo siguiente, al tiempo que se levantaba de la hamaca dispuesta para marcharse:

—Buena idea. Ve a proponérselo a otra mujer. Estoy segura de que cualquiera estaría encantada de tan deliciosa propuesta —dijo con un tono cargado de sorna.

Entonces, volvió la mirada, de nuevo, a su misterioso señor Jackson, y vio como, justo en ese momento, dos señoras de unos cincuenta y tantos años, muy elegantes y bastante bien conservadas, se acercaron hasta los dos muchachos, a los que sacaban más de veinte años.



*¡Pero bueno...! Esto se pone interesante...* Amy volvió a sentarse en la hamaca, para observar mejor y evitar ser pillada.

—¿Ha cambiado usted de idea? —inquirió Florian.

—¡*Shhh!* —le chistó ella.

*¿Se conocerán de algo? Los cuatro sonríen mucho... ¿están intentando ligar con ellos? ¿Serán sus madres...? En tal caso, ¿por qué no estaban sentados juntos durante la cena?* Las preguntas no cesaban en la mente de Amy.

Finalmente, una de las damas le hizo un gesto con la cabeza a Johnny y ambos se separaron de sus dos amigos.

Amy, muy nerviosa y angustiada de perderlos entre el gentío, decidió acecharlos.

No quería acercarse demasiado para no ser vista, pero el dejar demasiado espacio supondría perderlos por la cantidad de gente que bailaba, bebía y se divertía en la cubierta.

La pareja tomó uno de los ascensores, de los tres que había.

*El de la derecha*, se percató Amy. Como estaban en la cubierta superior, la número 15, sólo podían bajar, así que nuestra protagonista sacó de sí unas fuerzas que creía que no tenía y, escaleras abajo, las recorrió todo lo veloz que pudo.

Bajó a la cubierta inferior. Los ascensores estaban ahí mismo, junto a las escaleras. Como encima de las puertas de éstos había unas pantallas en las que unas flechas indicaban si subía, bajaba o paraba el elevador, Amy no tuvo más que observar aquella señal que apuntaba hacia abajo para saber que debía continuar la marcha.

Piso 13, 12, 11, 10... nuestra protagonista se sentía exhausta pues, aunque sí estaba en buena forma física, la caminata, dificultada por las curvas de las escaleras, no era precisamente fácil.

Apunto estuvo de claudicar cuando, sorprendentemente y siendo más veloz que la máquina, llegó al piso 9 y observó como las puertas iban a abrirse. Se apresuró a subir de nuevo algunos escalones para no ser vista y, agazapada, vio cómo Johnny y la dama misteriosa accedían a uno de los pasillos de la cubierta. Los siguió.

Caminaba con sumo cuidado al amortiguar sus tacones sobre la moqueta del suelo, para hacer el menor ruido posible, y siempre guardando una prudencial distancia de ellos.

La pareja llegó al final del pasillo y giró a la izquierda, continuando con la prolongación de éste.

Amy vio como allá, a lo lejos, en la esquina que Johnny y la señora acababan de dejar atrás, había un enorme espejo, donde podrían haberla perfectamente visto reflejada desde atrás.

*Mierda. Espero que no me hayan visto*, tal idea la inquietaba.

Antes de llegar a la esquina, escuchó cómo se abría una puerta. Amy se asomó al pasillo de la izquierda sin llegar a adentrarse en él, y vio cómo era la mujer, con la tarjeta lectora de la puerta en la mano, la que sostenía ésta para que Johnny entrara.

*Habitación 930.*

# All-in

Sábado. Aquel día el sol pegaba con más ímpetu que la jornada anterior.

El crucero había atracado en Mónaco, y todo aquel pasajero que así lo deseara, podía desembarcar, siempre y cuando estuviese de vuelta en el navío para las ocho de la tarde, ya que se debía seguir navegando. Amy, por supuesto, no iba a desaprovechar la oportunidad de pasearse por este minúsculo y coqueto Estado, ¡el segundo más pequeño del mundo! Se impresionó sobremanera cuando escuchó tal dato, que desconocía hasta entonces.

Almorzó en una soleada terracita con vistas al mar. Desde ahí, podía ver su crucero, así como otros de diferentes compañías, y yates pertenecientes a gente muy, muy rica.

No se quitaba de la cabeza lo que había presenciado ayer. Johnny y aquella mujer mayor, en la misma habitación, sólo podía significar una cosa.

Amy hizo una mueca de desagrado con la cara al imaginar a aquellos dos en la cama.

*¿Cómo le puede gustar? ¿Cómo puede sentir algún deseo, un hombre tan guapo y joven, por una mujer así?*, se preguntaba incesantemente.

*Sin embargo, no nos escandalizamos tanto cuando una mujer joven y bella se acuesta con un hombre mayor. Ah, debería quitarme estos prejuicios de la cabeza... jamás hubiera imaginado que fuera tan antigua.*

Aunque sí comenzaba a ver algo de luz en sus razonamientos, no podía explicarse por qué Johnny, si era pareja de aquella señora, o su amigo, o su amante, o lo que fuese, por qué no cenaba con ella. ¿Y por qué tampoco compartía mesa con aquel otro hombre con el que estuvo conversando durante la fiesta? Y acaso, ¿compartirían habitación Johnny y la señora a la que acompañó a su camarote?

Eran numerosas las incógnitas, y Amy, sintiéndose toda una detective, estaba dispuesta a descifrar todos los misterios que rodeaban este caso.

*Quizás me estoy pasando. Quizás me estoy metiendo donde no me llaman. O quizás no, estoy segura. La escenita de ayer persiguiendo por las escaleras a la pareja fue patética.*

Se llevó las manos a la cabeza, le comenzaba a doler. Siempre que se sentía angustiada, un dolor punzante le taladraba el cerebro y, a veces, tenía incluso que tomar una pastilla que le aliviara tal mal.

*No pensaré más en ese hombre hasta la noche, cuando tenga que cenar con él. Disfrutaré de Mónaco. Además, debo escribir un buen artículo...*

Amy emitía en voz alta sus pensamientos, creyendo que así se cercioraría más de lo que decía.

Tras almorzar y hacer un poco de turismo, casi por casualidad y sin esperárselo, nuestra protagonista acabó caminando frente a las mismas puertas del Casino de Montecarlo.

*¡Ah, esto sé que es!*, pensó muy orgullosa al ver el edificio.

Amy, aunque no fuese ludópata, sí que tenía cierta predilección por los juegos de azar, y, pese a que

no los buscaba, si la oportunidad de jugar se topaba frente a ella no dudaba en aceptar el reto.

Recordó su situación económica y se estremeció al pensar que pudiera estar a punto de empeorarla por su inconsciencia.

*Vamos, Amy, no es una buena idea.*

Entonces, recordó aquel reciente billete de lotería con el que había ganado cinco mil dólares, los cuales le estaban pagando este viaje y, aun así, había podido ahorrar algo. Empoderada por esta idea sublime de que la suerte le volviese a sonreír (aunque sin recordar que, antes de aquel billete premiado había comprado otros muchos no agraciados) subió las escaleras y se adentró en el casino.

Como Amy solía vestir muy bien siempre, casi de gala aunque sólo fuera a pasear por la playa, y ese día no era diferente, no le pusieron ninguna objeción respecto a la vestimenta al entrar.

El amplio hall de la entrada (cuya opulencia es digna de mención) da paso a los grandes salones donde ya había gente jugando, pese a lo temprano que era.

Amy fue directa a una de las máquinas de tragaperras, donde se apalancó y no se movió en dos horas. Para cuando había terminado, se había gastado casi todo el saldo de su cuenta bancaria, y las lágrimas fluían enérgicamente por sus mejillas.

*Mierda, mierda, mierda. Lo sabía. Sabía que esto pasaría. Soy una inconsciente.*

Su llanto era sonoro, e incluso una señora que también se retiraba de otra máquina la abrazó sin ella esperarlo, le susurró *suele pasar* y se marchó.

En fin, Amy consideró que lo mejor, efectivamente, era retirarse, para cuya sorpresa, cuando ya iba camino de la salida, vio a no mucha distancia de ella, en una mesa de póker, a la señora con la que Johnny se había ido la noche anterior. La reconoció por su característica piel bronceada en contraste con su pelo casi gris.

Se quedó unos segundos observando a la mujer, ésta levantó la vista, las miradas de ambas se cruzaron y volvió al juego. A su derecha, se percató Amy, estaba sentada su amiga, la que se quedó hablando con el amigo de Johnny.

*Esta es mi oportunidad para indagar.*

Se fijó en que la ciega grande (es decir, la apuesta mínima), la jugaban a cuatro euros. Amy abrió su cartera y vio que sólo tenía unos treinta dólares. Podía atreverse a jugar; es más, sabía bien jugar, pero también era consciente de que la posibilidad de quedarse sin dinero en muy pocas rondas era probable.

Fue a comprar fichas y volvió a la mesa, acomodándose frente a aquella señora misteriosa. Eran seis jugadores en total.

Se repartieron las primeras cartas y, ¡menuda sorpresa!, al comprobar que la suerte le sonreía y le obsequiaba con dos ases.

Como explicación para todo aquel lector que no esté familiarizado con el juego, recibir estas dos primeras cartas supone unas altas probabilidades de ganar la ronda, aunque ni mucho menos es seguro.

Valiente, Amy decidió hacer un *all-in*, es decir, apostar todas las fichas que tenía. Para su sorpresa,

el resto de los cinco jugadores también apostaron la misma cantidad.

*¿¡Cómo...!?, se preguntaba Amy para sus adentros, ¿a todos le han tocado cartas tan buenas? O son muy suertudos, o unos inconscientes o no tienen ninguna consideración por el dinero.*

Se fueron sacando el resto de las cartas, sin que ningún jugador subiera la apuesta, y, al finalizar, se comprobó que Amy había ganado la ronda: unos 150 dólares para su bolsillo.

*¡Bien, bien, bien...!*

Amy esbozó una sonrisa que todos percibieron, cosa que pareció molestar a tres de los jugadores, tres varones; uno de ellos hizo un comentario en ruso, que por supuesto Amy no logró comprender, se levantaron de la mesa y se fueron, dejando solas a nuestra protagonista con las otras dos señoras. La situación no podía ser más propicia.

Amy realizó un comentario jocoso sobre tal hecho, a lo que las dos damas rieron.

*Comprenden mi idioma.* Ya había averiguado algo. *¿Serán también estadounidenses?*

Decidió jugar un rato con ellas, sin realizar apuestas demasiado altas en ningún momento, aunque tal cosa no fuera una buena estrategia, pero así aseguraría su objetivo principal: charlar con aquellas mujeres lo máximo posible.

—Me llamo Amy, encantada —dijo, al tiempo que comprobaba las cartas que el crupier le entregaba.

—Yo soy Eliza —manifestó la dama en la que estaba más interesada—, y ella es Gia —dijo, señalando a la otra.

—Estamos en el mismo crucero —confesó nuestra protagonista—. Creo que las vi anoche en la fiesta.

En este momento, Eliza manifestó un gran interés por lo que decía, haciendo preguntas amistosas y escuchando amablemente.

No parecía una mala mujer, y Amy logró sonsacarle la siguiente información: que era empresaria, dueña de importantes locales y propiedades en la costa oeste de los Estados Unidos; que su amiga, Gia, era también su socia comercial; que no tenían pareja; y, finalmente, que este viaje lo hacían junto a otros empresarios, era, por tanto, un viaje mitad placer y mitad negocios.

Esta última confesión aturdió a Amy: si Johnny no era su novio, marido, o lo que sea, ¿podía ser entonces su hijo?

—Yo no tengo marido, pero me vendría bien uno para ser madre biológica —sacó el tema muy hábilmente Amy—. ¿Ustedes tienen hijos?

Gia negó con la cabeza y Eliza dijo lo siguiente:

—Sí, tengo una hija, que vive en Suiza. Y un hijo...

*¡Ajá!*, pensó Amy, ansiosa por descubrir ya la relación entre Johnny y la mujer.

—Es un chihuahua precioso, ¡mira! —dijo al tiempo que le enseñaba una foto de él en su móvil.

Amy sonrió con delicadeza, decepcionada por no haber hallado, todavía, el misterio.

La partida continuó de forma tranquila durante un rato, evitando indagar más en sus vidas, para no resultar pesada, y finalmente, se levantó de la mesa, se despidió y volvió al crucero con poco dinero en los bolsillos.

# Problemas en el paraíso

**D**omingo.

Amy corría lo más veloz que podía, casi quedándose sin aliento. Era tal la intensidad que, cualquiera que la viera, quedaría asombrado por tal despliegue de fuerzas.

No podía más. Comenzaba a flaquear. Si continuaba al mismo ritmo, se derrumbaría de un momento a otro.

Gotas de sudor corrían por sus sienes y caían, pasando por todo su rostro y su cuello, hasta su pecho.

Redujo gradualmente la intensidad de la máquina de correr. Primero, simplemente trotaba; finalmente, paró. Estaba fatigada. Y también furiosa, desconcertada, preocupada... y otras tantas cosas más, porque la noche anterior Johnny no había acudido a la cena.

*¿Es por mí?* Tal pregunta carcomía la tranquilidad de Amy.

*¿Lo he importunado? ¿Sabe que lo he espiado? Sé que no he obrado bien, sé que me he metido en donde no me llaman, pero ese hombre me produce demasiada fascinación, y no sé por qué motivo... bueno, sí lo sé. Porque lo conozco de algo, pero no lo recuerdo.*

Y así, Amy no podía quitárselo de la cabeza. Había acudido al gimnasio del crucero, con vistas panorámicas al Mar Mediterráneo, a descargar toda su frustración.

Estaba segura de que Johnny le había mentido, de que sí se conocían de algo, o al menos Amy tenía esa impresión. Pero... ¿qué ocurría si se equivocaba? *Que estoy loca.*

Tampoco confiaba en que Johnny Jackson fuese su verdadero nombre. De ser verdad que él no quería, por algún motivo, que ella lo reconociera o lo recordase, evidentemente le había mentido sobre su identidad. O todo eso pensaba nuestra angustiada protagonista.

Agarró una toalla y se retiró el sudor del cuerpo con ella. La arrojó al suelo y volvió a la cinta de correr, aunque en este momento se limitó a andar mientras miraba las vistas y la inmensidad del mar.

Al fondo, se divisaban a través de los cristales unas islas que a la distancia parecían muy pequeñas, aunque probablemente no lo fueran, pero como Amy desconocía en qué punto exacto del mar se encontraban, no sabía de cuáles se trataría. Lo único que tenía claro, es que en una o dos horas el crucero atracaría en Livorno y que, esa misma tarde, como se había inscrito a unas visitas guiadas organizadas por la compañía del barco para visitar Florencia, ella y un grupo de personas tomarían un autobús desde la citada ciudad hasta a ciudad renacentista, que estaba bastante cerca. Era una pena que hubiera tan poco tiempo para ver los encantos de semejante precioso lugar, pero al menos vería algo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por una puerta que se abría, la que daba acceso al gimnasio.

Tras ésta, Johnny quedó petrificado al comprobar que Amy estaba allí. ¡Menuda coincidencia! Las únicas personas de todo el crucero que estaban en el gimnasio eran ellos dos. Quizás al resto de la tripulación no le gustaba demasiado ejercitarse, o quizás preferían dormir un poco más, pues es cierto que todavía era muy temprano.

En fin, tras unos segundos de asombro, entró en el templo del culto al cuerpo y, tras él, aquel amigo con el que lo vio durante la fiesta.

—Buenos días, señora Greene —la saludó él muy educadamente, pero también con un tono muy seco. Ella devolvió el saludo, temblorosa.

Cada uno de los dos amigos eligió una máquina y comenzaron a ejercitarse, mientras Amy continuaba a lo suyo.

Pensó, recapacitó y se percató de que ésa era la segunda vez que hablaba con el hombre misterioso. ¡La segunda, y ya estaba tremendamente obsesionada!

*¿Debería hablarle? ... Oh, Dios Santo, me resulta tan guapo... ¡y verlo levantar pesas lo hace todavía más irresistible!*

Amy se sentía, definitivamente, feliz. Lo que había comenzado como un día insípido, ahora había tornado al rosa más intenso gracias a su presencia.

Lo miraba de soslayo. No podía dejar de hacerlo una y otra vez. Posiblemente Johnny ya se hubiera percatado de tal cosa, pero él se mantenía con la misma expresión, ésa que denota que sabes que te están observando y te incomoda la situación. Pero era demasiado decoroso como para recriminarle nada a Amy.

—Ayer no vino a cenar, señor Jackson —alcanzó a decirle finalmente, con una alegre sonrisa que le atravesaba la cara.

Él la miró, con mirada casi condescendiente.

—Es cierto... cené en Mónaco, temprano —sus palabras sonaban como témpanos de hielo.

—Menos mal... ya pensaba yo que le había importunado la primera noche y había pedido que le cambiaran de mesa, o algo así...

Las palabras de Amy se apagaban conforme iba hablando. *¡Mierda! No debería haberle dicho eso... no debo darle semejantes ideas.*

Él quedó en silencio. Era evidente que no deseaba continuar la conversación, pero ella no se percataba de eso. Tal era su interés por él, y tan a gusto se sentía hablándole, que debería gritarle ¡pesada! en su mismísima cara para que se callara.

—¿Ha venido de viaje con su amigo? —preguntó, aludiendo al hombre que le acompañaba.

Éste, que, aunque se mantenía en silencio no había dejado de escuchar ni un solo momento, miró cuando se percató de que lo acababa de aludir.

—Nos hemos conocido aquí —su tono seguía igual de seco.

Los tres sujetos continuaban haciendo ejercicio: Amy, en la cinta de correr; Johnny, levantando pesas; finalmente, su amigo, hacía abdominales.

El silencio se apoderó de nuevo de la sala. La tensión era palpable, excepto para Amy, ensimismada con el hombre misterioso, que le producía mucho interés.

Se estaba empezando a obsesionar. Sí, definitivamente. Era la única verdad.

Quiso retomar la conversación, y lo hizo con una pregunta tan descarada, o al menos eso le pareció a Johnny, que hizo borrar de su rostro esa continua y cuidada expresión tranquila, dando paso a la ira:

—Y... por hablar de algo, ¿ha conocido a alguien más en el crucero...?

Tras estas palabras cargadas de verdadera curiosidad, Johnny lanzó con cólera las pesas al suelo, que rebotaron violentamente, al grito de *¡Ya está bien!* Su amigo acudió velozmente a su lado a sujetarlo, pidiéndole que se tranquilizara.

Amy, del tremendo susto causado por esa reacción y el estruendo de las pesas, cayó de la cinta de correr, y ahora observaba a aquel hombre al que tanto deseaba aturdida, con la boca entreabierta, sin saber qué decir.

—¡Ya está bien! ¡Déjeme en paz de una puta vez! —rebuznaba él.

Inhaló, expiró y repitió la operación unas cuantas veces, hasta que finalmente se tranquilizó lo suficiente como para seguir hablando sin estar hecho una verdadera furia:

—Mire, sé que me ha estado espiando... sé que me ha estado siguiendo... la vi.

Amy recordó aquel espejo del pasillo. *Hasta ahora no me había dicho nada por decoro, pero me había pillado*, pensó.

—No sé qué quiere de mí —continuó diciendo—, pero ya me estoy cansando de este juego. Déjelo, por favor. Se lo pido por favor.

Le hizo un gesto a su amigo y se dirigieron hacia la salida.

—No —dijo ella, sacándole las fuerzas de donde no tenía—. No se vayan ustedes, me voy yo. Tiene razón en lo que ha dicho. Además, yo ya he hecho ejercicio...

Los dos amigos, escuchadas estas palabras, quedaron esperando, pues, a que ella se fuera. Ella aguardó unos segundos, por si, tal y como en las películas sucedía, él le decía que no era necesario que se fuera, que la perdonaba, pero eso no ocurrió, así que desalojó la sala bajo un aura de humillación y tristeza.

Lo más prudente era guardar la máxima distancia posible, al menos por ahora.



# Carrera en Florencia

Unas aisladas gotas de lluvia chapoteaban contra el cristal del vehículo. El cielo era gris, y cubierto de nubes. Amy, con la cabeza apoyada en el espejo y con aire melancólico, parecía que observada el paisaje, pero nada más lejos de la realidad: estaba totalmente abstraída en sus pensamientos.

Era mediodía e iba de camino a Florencia. Como ya se ha indicado, había contratado una visita guiada junto a otros pasajeros del crucero. Curiosamente, fruto de los designios del siempre insaciable destino, en aquel mismo autobús que les llevaba a la ciudad renacentista, se encontraba Johnny. Él también había contratado la visita guiada, y lo hacía solo. No estaba sentado junto a nadie, y Amy tampoco. ¡Cuánto hubiera dado en ese momento por poder hacerle compañía! Pero después de lo ocurrido aquella mañana... sentía que se había propasado, que se había comportado como una acosadora. Aún no había logrado borrar de su mente aquella cara iracunda de Johnny. Estaba tan enfadado... tan legítimamente enfadado. No lo volvería a hacer. No se volvería a inmiscuir en sus asuntos.

*Sí, posiblemente nos conozcamos de algo, aunque yo no recuerde de qué, pensaba ella, y posiblemente él prefiere que yo no lo recuerde. Posiblemente, tenga secretos que deban mantenerse ocultos. Posiblemente, es mejor que todo quede tal y como está.*

Aquel viaje a Europa no le estaba sirviendo de nada a Amy: no estaba disfrutando y tampoco se inspiraba para escribir algún muy buen artículo y conseguir el trabajo que tanto ansiaba. ¡Todo iba tan mal! Al darse cuenta de tal cosa, se llevó las manos al rostro y comenzó a sollozar, pero sin hacer ruido, para que nadie en el autobús, especialmente Johnny, se percataran de eso.

En aquel mismo vehículo estaba Florian, aquel francés desagradable de la fiesta, pero esta vez sobrio. Cuando se percató de la presencia de nuestra protagonista, se sentó junto a ella y le preguntó si podía hacerle compañía durante el día, a lo que ella respondió que sí, aunque no sin resignación.

¿Qué otra opción tenía? Quizás esto era lo mejor a lo que podía aspirar en aquel momento, así que decidió no desperdiciar la ocasión.

En fin, finalmente llegaron a Florencia, donde ya había dejado de llover, y realizaron numerosas visitas culturales, todas muy fugaces pero muy provechosas. Deberían estar en el lugar indicado a las ocho de la tarde, para coger el autobús de vuelta a Livorno, donde estaba atracado el crucero. Así pues, nuestro extraño y recién formado dúo, Amy y Florian, decidieron sentarse en la terraza de un restaurante a las seis y media para cenar.

El francés, en esta ocasión y hasta entonces, había sido muy prudente y muy educado con Amy, de lo cual ella se percató y lo cual le agradó mucho. Pero todo cambió cuando, mientras comían, propuso lo siguiente:

—Verás, Amy, yo tengo algunos viñedos y tres propiedades, además de la principal y otra en al sur de España, que arrendo. No soy rico, ni mucho menos. ¡Más me gustaría a mí...! Pero vivo bien, ¿sabes? Lo único que añoro es compañía femenina, alguien con quien poder hablar, inteligente, con buena presencia... tú pareces reunir todas esas cualidades. ¿Por qué no te vienes a vivir conmigo? Al menos una temporada. Lo pruebas y ya luego decides. Puedo darte una buena vida. ¿Qué me dices?

Amy, que escuchaba muy atentamente y casi atónica, como si no pudiera creerse lo que escuchaba, dio un lento sorbo de agua para ganar tiempo.

—Sé que es muy directo lo que te he propuesto —dijo Florian—. Creo que ambos tenemos cosas que ofrecernos mutuamente, y yo ya tengo una edad. No tengo tiempo ni para cortejar ni, mucho menos, para perder el tiempo. Piénsalo: si todo el mundo obrase como yo te propongo, de esta forma que, aparentemente, parece tan fría, a todos nos iría mucho mejor.

Amy se sintió violentada. ¿Es que acaso la intentaba comprar? Se sentía tan molesta que se levantó de la mesa, dejando el plato a medio acabar. Experimentaba verdadero asco por aquel hombre que la miraba.

—Te voy a decir una cosa —dijo, mientras abría su cartera y sacaba un billete que colocaba en la mesa para pagar su parte—: posiblemente yo sea una estúpida, pero me declaro una romántica. Creo en los príncipes azules y en los flechazos —con estas palabras, Johnny se le vino a la mente, imagen que intentó eliminar con rapidez—. Quizás no existan más que en las películas, en las novelas y en algún que otro caso en la vida real, pero todavía no pienso rendirme al amor e irme con alguien como tú.

—Eres muy joven —replicó él.

—¿Es eso un problema? —le preguntó a ese hombre que le sacaba unos veinte años.

—Digamos que todavía no estás capacitada para discernir qué te conviene más.

—¿Quién sabe? Estoy segura de que habrán otras muchas mujeres por ahí dispuestas a aceptar esa clase de proposiciones tuyas. Que te vaya muy bien —y abandonó aquel lugar muy digna, aunque sin rumbo, simplemente limitándose a andar.

Entonces, cuando sólo había avanzado unos pasos, una fuerza imprevista, una energía que Amy no sabía de dónde provenía, la arrastró hacia el suelo, donde cayó de espaldas, golpeándose ésta muy gravemente. A su vez, algo de ella había desaparecido: su gargantilla de oro.

Alguien, algún ladrón, había cogido el collar desde atrás y, tirando de él con todas sus fuerzas, había derrumbado a Amy.

El grito que siguió al dolor fue atronador, tanto que puso a toda la *Piazza del Duomo* en alerta.

Levantó la mirada y vio un cuerpo joven y atlético que corría frente a ella, alejándose de allí y con aquel pequeño tesoro en la mano.

—¡Ladrón, ladrón! —gritó Amy señalándolo, casi afónica.

Pero el ágil ladrón se escabulló primero entre las gentes y después, posiblemente, por alguna calle.

Nuestra protagonista, todavía tirada en el suelo, lloraba desconsoladamente y se tapaba el rostro con las manos. Aquel collar valía mucho, muchísimo dinero, y lo guardaba con apego por si su situación económica tornaba a más crítica, ya que esa joya podría pagarle, por lo menos, un mes de alquiler, que no es poca cosa.

Alguna persona se acercó hasta ella para comprobar si estaba bien y para intentar consolarla con alguna tímida palabra, pero todo era en vano.

*Ay, Italia, ¿quién te iba a decir que me ibas a ver llorar?*

Echó la mirada hacia atrás y descubrió a Florian, sentado, mirándole y terminando de cenar, impasible, estoico, sin haberle ofrecido ninguna ayuda y mucho menos querer hacerlo.

Continuó llorando otro tanto más, todavía tirada en el suelo, hasta que una voz la llamó. Alzó la mirada y ¡divina sorpresa!, descubrió a esos ojos verdes tan característicos, a Johnny, que la miraba desde arriba. Tras su cabeza parecía que el sol brillaba más fuerte que tan sólo hacía un rato, o quizás todo se debía a una ilusión que experimentaba Amy por la repentina felicidad que ahora la embriagaba.

Se levantó con su ayuda y Johnny sacó de su bolsillo y le mostró el collar que, hasta hacía un momento, ella llevaba puesto en su cuello. ¡Ah, lo había recuperado! ¡Ahora la felicidad era total!

—¿Y esto? —preguntó Amy alegremente mientras se secaba las lágrimas.

—Esto es suyo —dijo, y ambos rieron ante tal obviedad—. Vi lo que ha pasado, y seguí al tipo. Como todas las mañanas, excepto ahora que estoy de vacaciones, salgo a correr, lo pude atrapar no sin demasiado esfuerzo. Lo arrojé y a él se le resbaló el collar. Huyó, pero da igual, yo ya tenía lo que quería —depositó la gargantilla en la mano de Amy —el cierre se ha roto, pero bueno. Ya lo mandarás a arreglar.

—Sí —dijo tímidamente pero manteniéndole la mirada—. Es usted mi héroe.

—Mire, sé que esta mañana no me porté bien —confesó Johnny.

Ambos, mientras hablaban, estaban muy cerca el uno del otro, en plena *Piazza del Duomo*, probablemente el lugar más concurrido de toda la ciudad. Algunas miradas indiscretas estaban posadas en ellos.

—¡No, no, no diga eso, en absoluto...! —intentaba excusar al otro interlocutor—. Fui yo la que obré mal. Me obsesioné con usted, pensaba que era otra persona diferente de la que usted decía ser, e intenté averiguar la verdad, una verdad totalmente ficticia.

—Usted estaba en lo cierto, señora Greene —ésta abrió los ojos como platos—. No soy quien he dicho ser. Pero éste no es el lugar propicio para hablar —miró en derredor y descubrió que más personas de las deseadas estaban pendientes a la conversación—. Se lo explicaré todo más adelante.

—P... pero... —tartamudeaba Amy por la tremenda sorpresa—, ¿qué le ha hecho cambiar de opinión?

—Llevo todo el día pensando en cómo enfurecí esta mañana y en lo mal que la traté. Sí, usted puede que no obrara bien, pero yo tampoco —se explicaba—. Y he comprendido que no tengo motivo alguno para esconderme, y por tal cosa le voy a decir quién soy. Además de porque le tengo mucho cariño.

*¿Cariño? ¡¿Cariño?! ¿De qué me conoce?*, se preguntaba Amy.

Entonces, en ese preciso instante, mientras hablaban, lo comprendió. Fue en ese momento en el que, observando esos tiernos ojos verdes y esa sonrisa, en la que hasta entonces no se había percatado, pero que también era muy característica, fue ahí cuando recordó quién era. No se llamaba Johnny. Por supuesto que no. La había engañado, aunque el motivo lo desconocía aún.

Sin embargo, Amy no se pronunció sobre este hallazgo, y se limitó a decir lo siguiente:

—De acuerdo. Yo ya he cenado, más o menos —dijo, volviéndose para observar, a la distancia, a Florian, que parecía haber terminado su cena y continuar con las sobras de Amy—, por lo que no acudiré al restaurante del crucero. Pero podemos hablar después.

—No, me será imposible. Tengo... compromisos —Amy pensó en Eliza. Probablemente debiera acudir a su habitación para Dios sabe qué.

—Entonces puedo ir al restaurante de todas formas, y acompañarle mientras usted come, mientras hablamos —intentaba buscar un momento adecuado a toda costa.

Pero esta idea tampoco pareció agradar al hombre misterioso, que le pidió que se vieran al día siguiente por la mañana, a las diez y media, en la habitación de ella. Así pues, ella le indicó el número de su camarote, él la besó en la mejilla y se despidieron. Amy pasó el resto de la jornada rememorando tiempos pasados.

# Escapada nocturna

Vueltas continuas. Sábanas pegadas al cuerpo. Sudor en la frente. Desvelo noctívago.

Amy se levantó, con las pocas fuerzas que tenía, y abrió la puerta del balcón.

*Necesito aire.*

Se apoya en la barandilla que la separa de caer al vacío, al mar infinito, y observa el entorno. El barco está en movimiento. Al día siguiente podrían visitar Roma. Ella, aunque no se había inscrito en ninguna excursión, quizás lo haría por su cuenta, aunque no estaba segura de ello: primero, quería ver qué ocurría por la mañana. A las diez y media Johnny la visitaría en su camarote.

*No se llama Johnny, se decía continuamente.*

Tenían tanto que hablar... y tan poco tiempo. Si fuera por ella, posiblemente se pasarían todo el día encerrados, juntos, aclarando cosas, pues, aunque el lector todavía no lo sepa, había muchas más cosas que aclarar de las que cree.

Miró su reloj de muñeca, que marcaba las dos de la madrugada. No era muy tarde. ¿Estaría despierto?

Volvió adentro, se puso una bata de satén, cogió el vaso que estaba sobre la mesita de noche y bebió todo el agua que contenía. Todavía con el vaso en la mano, salió al pasillo, se montó en un ascensor y subió tres cubiertas, hasta la nueve. Anduvo por donde lo había hecho tan sólo dos días atrás y, conforme se acercaba a su meta, comenzó a andar de puntillas para evitar ser escuchada. Acabó delante de la puerta 930.

*Aquí es.*

Ésa era la habitación en la que el hombre misterioso había entrado junto a Eliza. Era el camarote de ella. Lo supuso porque ésta fue la que abrió la puerta. Recordaba perfectamente aquella escena y lo mucho que le dolió cuando lo vio.

Pegó el fondo del vaso a la puerta, y ella colocó su oreja por el otro lado. Al principio, debido a los potentes latidos que emitía su nervioso corazón, no logró percibir ningún sonido del interior de la habitación, pero tan pronto como se tranquilizó, alcanzó a escuchar una melodía acompañada de muelles que rujían, un cabecero que chocaba contra la pared y jadeos.

Retiró el vaso. Era evidente lo que estaba ocurriendo en ese camarote y no le hacía falta quedarse ahí más tiempo; lo contrario, hubiera sido sufrir.

Amy regresó a su habitación con la cara empapada en lágrimas.

# Remembranzas

Lunes.

Aquel día Amy había ido a desayunar al buffet más temprano de lo normal. Quería estar preparada con tiempo para su cita.

Tras ingerir un café y alguna fruta, regresó al camarote y, como aún restaba una hora, se duchó.

El crucero ya había atracado en Citavecchia, ciudad costera desde donde se podía acceder a Roma en lo que duraría la escala aquella jornada.

Aunque hacía tan sólo unos días la Ciudad Eterna era el destino que más ansiaba nuestra protagonista visitar, ahora había pasado a un segundo lugar: lo principal era charlar largo y tendido con el hombre misterioso. Lo que viniese luego, estaba de más.

El reloj marcaba las diez y veintinueve. Justo mientras Amy se fijaba en esto, percibió cómo unas pisadas se detenían ante su puerta por el lado del pasillo. El corazón comenzó a palparle frenéticamente.

*Toc, toc.*

Nuestra protagonista se lanzó a abrirle la puerta al hombre misterioso, y lo invitó a entrar.

Como el servicio de limpieza ya había estado allí esa mañana, se suponía que no había ningún motivo por el que fueran a ser interrumpidos.

—Te lo voy a contar todo —dijo Johnny, acomodándose en el filo de la cama junto a ella, quedando ambos muy cerca el uno del otro y mirándose a los ojos en todo momento.

Amy notó cómo aquella vez era la primera en que él la tuteaba.

—He de decirte que he estado recordando cosas —dijo ella.

Ambos quedaron en silencio.

—¿Y bien? ¿Qué has recordado? —la luz iluminaba de cierta forma su cara que en aquel momento sus ojos eran más verdes que nunca.

—Que no te llamas Johnny Jackson —respondió—. Te llamas Carl. Carl White.

—Veo que has recordado bien —musitó.

—Mi Carl... —sus ojos comenzaron a humedecerse.

—¡No, no...! —la abrazó unos segundos—. Vamos, llorar no va a servir de nada ahora.

—Cuando hiciste lo que hiciste no comprendí nada... me culpé de todo... y tantos años han pasado, y ni una llamada, ni un mísero mensaje, nada de nada —hablaba mientras sus frases se entremezclaban con el sollozo.

Amy y Carl habían sido novios hacía mucho tiempo. Se conocieron recién ingresados en la facultad y, desde entonces, fueron inseparables.

No se trataba del típico amor de juventud: ¡para nada! Había sido mucho, muchísimo más que eso.

Una relación madura, sólida, profusamente intensa. Tanto fue así, que Amy decidió, cuando al año vio claro que como pareja ya estaban consolidados, presentar a Carl a sus padres. Para ella, que había nacido y se había criado en una familia muy tradicional, este gesto fue absolutamente importante.

El chico, que parecía serio y compartía los mismos valores que sus suegros le presuponían al arquetipo de ‘yerno perfecto’, fue rápidamente aceptado, y a los dos años de estar juntos, le propuso matrimonio a Amy, que aceptó, y, aunque estaban comprometidos, acordaron no casarse hasta más adelante.

Pues fue poco después de este recién adquirido compromiso, cuando Carl desapareció de la vida de Amy de la noche a la mañana, sin dar siquiera una pista de su paradero. También abandonó la facultad. Parecía que hubiera huido de la ciudad, y nuestra querida protagonista no tenía ni idea de por qué. Incluso había acudido en numerosas ocasiones, quince o veinte, a casa de la madre de Carl para preguntarle a dónde había ido, pero ésta, cumpliendo con la promesa que le hizo a su hijo de no decir nada y menos a Amy, no le dio jamás pista alguna.

Ahora, nuestra protagonista, once años después, miraba los verdes ojos de Carl de nuevo, y recordaba innumerables momentos vividos.

—Tres años estuvimos juntos, conocías a mi familia, teníamos tantísimos planes de futuro... y me dejaste de la forma más fea y rastrera posible. Al principio pensé que estabas muerto, pero tras hablar con tu madre y ver que no me quería decir nada, supuse que te habrías ido con otra, aunque no eran más que simples elucubraciones.

—Sé que obré mal, Amy... —dijo con voz suave—. Lo supe tras haber actuado erróneamente, por lo que ya era tarde, e intentar corregir mis acciones, creo, sólo hubiera agravado el asunto. Si no te dije lo que ocurrió y opté por dejarte en la más absoluta ignorancia, es porque me pareció lo más prudente. Si hubieras sabido la verdad, ésta de hubiera dolido más...

—Eso puedes pensarlo tú, pero no lo sabías. Lo pasé muy mal. Tuve que tener muchas sesiones con varios psicólogos, y terminar la carrera me costó horrores. Nos íbamos a casar, Carl, nos íbamos a casar. Me lo prometiste. ¿Cómo pudiste hacerme esto a mí? —ahora la melancolía se había convertido en furia, y Amy se había levantado y recorría de punta a punta el pequeño camarote—. No fuiste una buena persona, Carl.

—Intenta tranquilizarte, por favor, y te explicaré lo que ocurrió. Luego, tú ya decidirás si merezco tu perdón o no.

Ella obedeció y volvió a sentarse junto a él.

—Pero, antes de explicarme —dijo él—, debo admitir que el hecho de que nos hayamos reencontrado precisamente aquí es una gran casualidad...

—Yo pienso que todo es obra de Dios —todavía se percibía algo de cólera en sus palabras.

—Tú siempre has sido muy religiosa, Amy.

—Y tú. ¿O ya no?

—Ahora me temo que, por ciertos motivos, ya no tanto. Pero vayamos poco a poco: cuando apareciste el viernes en la cena y te sentaste conmigo, casi me desmayo. Te reconocí al instante, y me

extrañó mucho que tú no lo hicieras.

—A mí también. He estado pensando sobre eso. Imagino que, en el pasado, me esforcé tanto por intentar olvidarte para no sufrir, que lo logré. Por no hablar de todo lo que has cambiado, que no es poco.

—Estás en lo cierto, he cambiado —continuó diciendo Carl—. Como decía, cuando comprobé que no me reconociste decidí mentirte sobre mi identidad. Supuse que lo mejor era no reabrir viejas heridas.

—¿Cómo se te ocurrió decir que eres de Mississippi con ese acento tan pijo que tienes? —preguntó Amy sonriendo, que ahora se le veía más calmada, fruto de los vaivenes de su temperamento.

—Fue lo primero que se me ocurrió... y sí, escogí mal. En fin, que aunque no sabías quién era yo, sí que te sonaba de algo, lo cual me dejó muy intranquilo. Sé que me estuviste persiguiendo durante la noche, que viste cómo entré en la habitación de Eliza y que incluso estuviste hablando con ella en el casino en Mónaco. Sinceramente, no creo que te sentaras a jugar con ella por casualidad.

—No, y perdona si te molestó, pero...

—Tranquila —la interrumpió—, te explicaré también qué tipo de relación tengo con ella, que sé que te interesa mucho —ambos rieron.

—Bueno, volvamos al pasado, por favor —volvió a encauzar la conversación Amy.

—De acuerdo. Sé que lo que voy a confesarte no te va a gustar nada, pero allá voy: poco antes de desaparecer, me acosté con otra mujer que no eras tú. Aquella fue la única vez que te fui infiel, pero lo fui.

Carl dejó pasar unos segundos por si Amy quería decir algo, pero al ver que no, y que ésta lo observaba muy atentamente y con semblante serio, continuó hablando:

—Estaba borracho. Ocurrió una noche en la que salí con el grupito de amigos que teníamos entonces. En aquella ocasión no quisiste venir, no recuerdo si te sentías un poco indispuesta o qué, pero no estuviste ahí. Yo bebí, bebí mucho. Sé que esto no justifica nada, pero bueno. Conocí a una chica en el bar, y me quedé hasta tarde hablando con ella. Todos los demás se fueron, por lo que no vieron lo que ocurrió después, pero me la llevé a casa y ya te imaginas el resto.

—¿Eliza? —preguntó ella muy seriamente.

Si decía que sí, a estas alturas no le importaría mucho, ya que, por el rato con el que había estado con la dama, le había parecido una buena persona.

—No, con Eliza no. Con otra. Diana. En fin, que se quedó embarazada. Como no tenía mi número para contarle, ya que sólo nos vimos aquella noche, removié cielo y tierra preguntando por mí y, al final, logró encontrarme. No estaba dispuesta a abortar, ni tampoco quería encargarse del bebé sola, así que me preguntó qué opinaba yo al respecto. Estaba arrepentido, arrepentidísimo. Deseaba borrar aquel encuentro, pero ya era demasiado tarde, y me parecía tremendamente injusto no cuidar de la vida que iba a llegar al mundo por mi culpa. Sinceramente, al principio deseé que no lo hubiera tenido, pero ya luego cambié de opinión. En fin, iba a ser padre con alguien que no eras tú. Me sentí fatal. No sabía si decírtelo o no. Para colmo, ella se iba a ir de Nueva York en breve. Se mudaba a Minnesota, así que decidí seguirla y estar con ella. Yo te quería mucho, pero...



—Pero el bebé era más importante —completó la frase Amy—. Lo comprendo. Quizás, si me lo hubieras contado en su momento, lo hubiera entendido... o quizás no —añadió tras reflexionar un momento—. No tengo ni idea de cómo hubiera reaccionado. Por cierto, ¿es niño o niña? —continuó preguntando con un rostro que denotaba seriedad.

—Niña.

—¿Cómo se llama?

Carl calló unos segundos y, finalmente, con una media sonrisa, contestó *Amy*.

Amy se levantó, acudió a una pequeña neverita que había en el camarote y cogió una botella de agua. Le dio un sorbo.

—¿Se llama así por algún familiar o porque el nombre le gustaba a la madre...?

—Para mí sería más fácil contestar que sí a cualquiera de esas dos opciones, pero estaría mintiendo. Se llama así por ti, Amy. Cuando te dejé, ya te dije que me sentía muy mal, y además te echaba de menos. Conseguí convencer a la madre de que la llamara como tú, pero me costó. Diana sabía quién eras, así que al principio no le gustó nada la idea, pero es una buena mujer y, entendió que ya que yo estaba haciendo tantas concesiones por mi hija, que abandonaba mi ciudad, mi pareja, mi trabajo, mi familia, mis amigos, mi vida en definitiva, ella también debía hacer alguna.

—¿Y por qué se fue de Nueva York? ¿Sus padres no aceptarían su embarazo o algo así?

—No, para nada. Es porque tenía un nuevo empleo. Lo había conseguido antes incluso de conocerme, así que, el hecho de que se fuera ya era un hecho.

—Recuerdo que desapareciste la Navidad de dos mil ocho —apuntó Amy.

—Así es. Mi encuentro con Diana fue en septiembre de ese mismo año. La pequeña Amy nació prematura, en abril.

—¿Y estuvo bien? ¿Cómo está ahora?

Las preguntas se sucedían solas. Eran muchas y, después de tanto tiempo, Amy por fin podía darle respuestas a todas ellas, aunque algunas no les gustasen. De todas formas, para ella cualquier cosa era mejor que el desconocimiento, así que aquella conversación con Carl le estaba verdaderamente sanando el alma.

—Estuvo bien —contestó— y está muy bien. Ahora mismo está con su madre en Minnesota, donde aún vivimos todos —sacó de su bolsillo un móvil, estuvo un instante usándolo y le enseñó en la pantalla una imagen de su hija, una muchachita preadolescente con un rostro muy inocente, como el del padre, y un bello rostro decorado por largos cabellos marrones que caían hasta donde el retrato de la foto no podía captar.

—Es muy guapa —dijo sinceramente—. Por cierto, ¿estáis esa mujer y tú... Diana y tú —le costó pronunciar su nombre— juntos?

—Lo estuvimos. Desde que me fui a vivir con ella, lo hicimos como una pareja. Por supuesto, al principio no existía amor, es más, creo que nunca hubo amor, pero sí un cariño que se incrementaba con el tiempo, y nuestra hija fue decisiva para que nos casáramos. Se podría decir que lo hicimos por ella.

—¿Os casasteis para que ella pensara que os queríais? —preguntó Amy.

—¡No, para nada! Perdón si me he expresado mal... quería decir que nos casamos porque era lo más fácil. Es decir, se supone que en la vida, una de las principales cosas que debes hacer es casarte, tener hijos y esas cosas... en fin, intentar no morirte solo. Así que, ya que nos teníamos Diana y yo el uno a la otra, aunque las circunstancias no fueran las propicias, pensamos que hacer el esfuerzo era más fácil que volver a empezar de nuevo.

—No me estarás contando esta mentira cuando en realidad simplemente me querías dejar por ella, ¿no? —a Amy, que era absolutamente desconfiada, y especialmente con esto, se le pasó tal idea por la cabeza.

—¿De verdad piensas eso?

—Es sólo una pregunta...

—Por supuesto que no. Te lo hubiera dicho. Éramos muy felices juntos. Recuérдалo, no hace falta que te lo explique yo. ¿Olvidaste la depresión que padecía antes de conocerte? Tú me hiciste mucho bien. Además, no sólo te dejé a ti, sino mis estudios universitarios, que nunca acabé, amigos, familia... simplemente fui cobarde.

Las dudas de Amy se disiparon, aunque se mantuvo en silencio.

—Como iba diciendo —retomó la historia Carl—, estábamos juntos, pero no había pasión, no había sentimiento, era una relación forzada... en fin, no era algo bonito. Hace siete años nos casamos, pero tres después rompimos definitivamente. Sigo viviendo en Minnesota para estar cerca de mi hija.

Ambos estuvieron unos segundos en silencio. Amy ya no miraba a Carl a los ojos, sino que ahora tenía la cabeza caída, con la mirada absorta en el suelo. Aunque Carl no lo pudiese percibir, aunque tal vez sí que lo intuía, Amy estaba siendo presa de innumerables sentimientos encontrados que llevaban mucho tiempo germinando en su interior. Estaba, al fin, manteniendo esa conversación tan ansiada con el hombre de su vida, pues ella lo consideraba tal cosa. Ese hombre que, con su cobardía, le había hecho tanto daño innecesario, tanto daño que se podría haber evitado, pues posiblemente, de haber sabido ella su infidelidad, los sentimientos que profesaba por Carl hubieran acabado entonces al saber tal cosa, hace once años, pero su desaparición, el no saber nada de él, había mantenido vivo un hilo de esperanza con el que ahora Amy no sabía qué hacer, si cortarlo definitivamente o no.

—¿Y qué ha sido de ti? He leído algunos artículos tuyos... —dijo él.

La confesión sorprendió a Amy pues, si bien era conocida localmente en Nueva York, su pequeña fama no traspasaba fronteras.

—¿Me has buscado en Internet, no?

—Sí, muchas veces —rio.

—Yo a ti también —dijo apenada—, pero sí, ya sé que no te gustan las redes sociales.

Él la miró con lástima, y volvió a inquirir:

—¿Has tenido una buena vida desde entonces?

—Me he dedicado a trabajar —contestó—. Ya sabes, a escribir, que es lo que me gusta. Últimamente

tengo problemas para llegar a fin de mes. Este viaje puede incluso que no me lo debiera haber pagado. Ahora debo entregar un trabajo porque he aplicado para otro puesto, donde, de obtenerlo, escribiría otra clase de artículos, más maduros, más humanos, más superficiales. Pero no sé de qué hacerlo.

—Eras muy lista y seguro que lo sigues siendo. Ya se te ocurrirá algo. Pero cuéntame más cosas, por favor, además de lo concerniente al trabajo —la pregunta estaba evidentemente dirigida a conocer su vida amorosa.

—Pues, por si tenías algún interés en saberlo, no he estado con nadie desde entonces.

—¿En once años?! —preguntó Carl atónito.

—Digo formalmente. Por supuesto, sí he tenido parejas sexuales y esas cosas. Tengo mis necesidades. Pero, de todos los hombres que he conocido, no he sentido con ninguno nada especial.

Ambos quedaron en silencio unos instantes más en los que la tensión se hizo palpable. Amy se levantó y abrió la puerta del balcón para que entrara aire. Regresó y se sentó de nuevo junto a Carl, esta vez todavía más pegada a él. Finalmente, preguntó:

—Oye, ¿y qué haces aquí? ¿Viajas solo?

El rostro de Carl cambió totalmente y se ensombreció. Tragó saliva.

—Ya te he contado todo lo que merecías que te contara —comenzó a decir él—. Voy a contestar a tu pregunta, aunque no necesariamente deba hacerlo. Voy a confiar en ti, Amy. Sabes quién es mi familia y, con el secreto que te voy a revelar ahora, podrías hacerme daño.

—Jamás te haría daño a ti —dijo afligida de tan solo poder a Carl pasársele por la cabeza tal idea.

—Ya lo sé —dijo al tiempo que la abrazaba como signo de confianza.

# Amor visceral

Como la conversación entre Carl y Amy en el camarote de ésta se había prolongado mucho (aunque ellos no se hubieran percatado de tal cosa, pues cuando se está a gusto es bien sabido que el tiempo pasa muy lento), se hizo un poco tarde, sus estómagos rugían y Carl sabía que, lo que estaba a punto de narrarle ahora le llevaría otro buen rato, le propuso a su vieja amiga comer algo en el buffet, a lo que ella accedió de buena gana, aunque Amy temía que ocurriera algo que les hiciera separarse: en su habitación se sentía protegida de tal peligro.

Subieron a la cubierta principal, se sirvieron algunos platos y se sentaron en una mesa junto al parapeto, desde donde se disfrutaba de una perfecta panorámica de Citavecchia. Eran las una y media de la tarde.

—Podrías contármelo aquí —le propuso Amy, ansiosa.

—Es mejor que no —se limitó a contestar.

No hablaron mucho, y cuando lo hacían era de temas absolutamente banales, pero la felicidad en ambos, especialmente en ella, era palpable.

Carl se levantó para llenar de nuevo su plato de comida. Amy lo observó y descubrió que la amiga de Eliza, aquella que le acompañaba en el casino y la que también estaba en la fiesta de la primera noche, se acercó al hombre para saludarlo. Al principio no recordaba su nombre, pero pronto se le iluminó la mente: Gia.

A Carl no se le veía muy cómodo hablando con ella, o al menos tal percepción tuvo nuestra protagonista.

*¿Será porque no quiere que me vea? Posiblemente.*

Carl volvió a la mesa y Gia lo siguió con la mirada, ahí es cuando reparó en la presencia de Amy, a la que se quedó mirando con cara larga durante unos segundos. Amy lo percibió, pero estaba tan nerviosa que se limitó a concentrarse en su plato. A Carl no le hizo ningún comentario al respecto.

Una vez que hubieron finalizado de comer, volvieron al camarote, y se situaron exactamente en las mismas posiciones que antes: ambos sentados al filo de la cama y muy juntos, mirándose fijamente a los ojos y prácticamente el uno oliéndole la respiración a la otra.

—Cuando llegué a Minnesota conseguí un trabajo en una lavandería. Muy mal pagado y muy sacrificado —comenzó a explicar—, pero tenía que aportar a la economía familiar. Diana, por el contrario, sí que cobraba un buen sueldo. Pero bueno, algo tenía que hacer —carraspeó la garganta—. Después me cambié de trabajo. Entonces fui recepcionista en unos grandes almacenes. El sueldo era casi igual de bajo, pero al menos tenía más horas de descanso. Así estuve durante algunos años, hasta que me separé de Diana.

—¿Quién rompió exactamente la relación?

—Umh... —pensó un instante—. Realmente, ambos estábamos ya muy hastiados el uno del otro, pero yo fui el que dio el paso.

Que hubiera sido Carl el que dejara a su mujer y no al revés animó de alguna forma a Amy, que le sonrió levemente.

—Pues bien —continuó diciendo—, yo tenía la idea en mente de continuar viviendo juntos aunque no fuéramos pareja, pero a ella, como buena despechada, le sentó tan mal que rompiera con ella que me echó y, no contenta con eso, logró que un juez me obligara a pasarle una pensión por la niña bastante elevada, aun cuando su situación económica era muy holgada. A mí, por el contrario, me costaba horrores darle ese dinero, pagar un piso de alquiler y que me sobrara algo para comer. La situación para mí era horrible. ¡Estaba ahogado!

—Pobre... —musitó Amy, en quien ya no había ni un ápice de rencor.

—Así que, hace ya dos años dejé el trabajo ese, y empecé en otra cosa... al principio, era sólo de forma ocasional, pero cuando comprobé que podía ganar más dinero en eso que como recepcionista, y que además me permitía tener mucho tiempo libre y viajar por el mundo, vi que era más razonable dedicarme en cuerpo y alma a esto. Al principio me costó aceptarlo... ya sabes que yo soy... era, más bien, muy religioso.

—¿Pero de qué estás hablando...? —preguntó Amy que, como Carl hablaba de forma tan abstracta, no lograba entender nada de lo que decía.

—Soy escort, Amy. Tengo sexo con mujeres por dinero.

El silencio se hizo con la habitación. Aquella confesión había dejado en *shook* a Amy, que no sabía qué pensar.

—Veo que no te ha hecho mucha gracia —dijo Carl.

—No me lo esperaba, la verdad... —se limitó a decir.

Una pena enorme embargó a Amy.

—¿Te gusta tu trabajo? —preguntó.

—Al principio me costaba mucho, y más de una vez no pude realizar el servicio. Luego, pues uno se acostumbra, y muchas veces, dependiendo de con quien tenga que trabajar, pues se está un poco más a gusto o no. Podría decir que ni me gusta ni me disgusta mi trabajo.

A Amy, sinceramente, le molestaba que se hubiera estado acostando con otras chicas que no fueran ellas, que fueran suficientemente afortunadas de pagar sus servicios. Los celos, la envidia la invadían. ¿Hubiera estado más tranquila si le hubiera dicho que detestaba su trabajo como escort? Posiblemente sí.

Amy le dijo a Carl que debía pensar, y se fue sola al balcón. Necesitaba aire.

*Es su vida. Él puede hacer lo que quiera. Puede ganar dinero del modo que vea más conveniente. Estoy siendo una histérica. Desde que vine a este crucero me estoy comportando de forma muy rara. ¿Por qué estoy tan celosa de todas las mujeres con las que ha estado? Posiblemente Eliza sea una de ellas. Las odio, las odio a todas. Sólo deseo ser cualquiera de ellas, porque lo deseo a él. No he dejado de quererlo en todo este tiempo. Y está guapísimo... más incluso que antes. No quiero que disfrute con nadie que no sea yo... ¡oh, Dios! ¡Qué actitud tan recriminable tengo!*

Tras estos pensamientos frutos de un amor que realmente nunca se había marchitado, sino todo lo

contrario, volvió al camarote y se sentó junto a Carl.

—Eres el escort de Eliza, ¿verdad? —temía que la respuesta fuera sí. Carl afirmó con la cabeza—. ¿Y el otro hombre? Te vi hablando con alguien la primera noche.

—Robert, también es escort. Él acompaña a Gia.

—¿Y por qué en la primera cena ibas sin pareja, por lo que te sentaron conmigo? ¿Por qué no te sentaste con Robert o Eliza? —Amy por fin podía conseguir las últimas respuestas que quería.

—Respecto a Robert, porque lo he conocido aquí. Eliza y Gia son socias y amigas, y han venido con más gente por asuntos de negocios al crucero. Es un viaje de ocio mezclado con trabajo. Una locura, ¿eh?

—Y quiere discreción. Por eso no te sientas con ella —adivinó Amy.

—¡Exacto! Ése es el motivo por el que Robert tampoco va en pareja con Gia. Si sus socios se enterasen de esto, podría ser un escándalo.

—¿Son mujeres muy importantes...? No me suenan... —indagó.

—Bueno, Eliza es la directora de ciertos negocios en California y Nevada, ¡pero yo no hablo de mis clientes! —ambos rieron.

Amy estiró el brazo, cogió su cartera y sacó unos cuantos billetes que le entregó a Carl.

—Quiero estar contigo. ¿Esto cuánto tiempo cubre? —preguntó con total seriedad.

Carl miró el dinero con asombro y dijo:

—Tú no tienes que pagar. Contigo lo haría siempre encantado —comenzó a acercarse a sus labios.

—Ah... ¿sí? —Amy comenzó a titilar.

—Por supuesto. Muchas veces pensé en buscarte, aunque jamás fui lo suficientemente valiente. Te debo un perdón —la besó tímidamente.

—Carl, no me engañes ni me confundas respecto a tus sentimientos —se apartó de él con brusquedad —, creo que es evidente que te he estado esperando todos estos años, y me lanzaría a tus brazos sin pensármelo, pero no me hagas daño.

—Me encantaría una segunda oportunidad contigo —la atrajo hacia sí de nuevo, y dieron rienda suelta a su amor, que había estado contenido durante demasiado tiempo.

Vista la experiencia anterior, el temor de Amy era muy real, pero Carl le hablaba desde el corazón y no fruto de la pasión del momento, como se hubiera podido pensar. Ambos habían anhelado estar juntos durante mucho tiempo y, finalmente, lo lograron, aunque no lo tendrían nada fácil.

# Una idea genial

¡Lo tenía, por fin lo tenía! La inspiración había abordado a Amy, y ahora sabía de qué escribir. Nada más que tuvo la gran idea, sacó su libreta del bolso y comenzó a tomar algunos apuntes: normalmente trabajaba con su ordenador, pero en esta ocasión sólo disponía de papel y bolígrafo.

Escribiría sobre Carl y cómo éste se había visto abocado a trabajar como escort. ¡Un drama social en toda regla! La prostitución masculina no era un tema manido, y esto le gustaba especialmente.

*Cuando presente el artículo, el trabajo será mío*, se repetía incansablemente Amy mientras preparaba las preguntas, ya que el texto incluiría una entrevista.

Amy parecía haber recuperado a su hombre y además tenía expectativas de mejorar profesionalmente. ¡La dicha era absoluta y su felicidad no podía ser mayor! Sin embargo, aunque todavía no había comentado nada, sí que tenía una preocupación que le carcomía la cabeza: si efectivamente Carl y ella retomaban su relación de forma seria, cosa que ambos deseaban sobremanera, no permitiría que su pareja viviera de acostarse con otras mujeres. ¿Era ésta una actitud celosa o, por el contrario, podemos perfectamente encuadrarla en los límites de lo razonable? Dejo tal reflexión al lector.

En fin, que Amy no tardó en ponerse manos en la obra: tras fugaces visitas al Coliseo, el Vaticano y la Fontana di Trevi, ahora, tras haber devorado una temprana cena, bajo el cielo romano, sentados en una terraza, le hacía preguntas a Carl y ella tomaba apuntes. Restaban todavía dos horas para que tuvieran que dirigirse al crucero, así que estaban exprimiendo al máximo aquellos momentos:

—Y bien, ¿cómo fue tu primer acercamiento a este mundo? —preguntó. Una grabadora estaba sobre la mesa.

—Fue de la manera más casual posible —Carl comenzó a narrar y Amy escribía en su cuaderno—: yo estaba en un pub una noche, con un amigo, y una señora treinta años mayor que yo se acercó y me habló directamente, sin reparar en la presencia de mi amigo. Se presentó y fue en todo momento muy educada. A mí no me atraía lo más mínimo, aunque tampoco me resultaba desagradable, ya que tenía buena presencia; en fin, que le corté rápidamente el rollo, cosa que ella entendió y fue al grano: me ofreció dinero por una noche juntos. Al principio pensé que era una broma, y mi amigo se reía y me decía que me estaba tomando el pelo, pero ella insistía. Sacó un fajito de billetes de diez dólares y me lo mostró, aunque no me lo dio. En un primer momento no supe cuánto dinero había ahí, pero imaginé que bastante, así que despaché a mi amigo y le dije a la señora que aceptaba.

—¿Fue el dinero, entonces, lo único que te incitó a aceptar el trabajo? —le interrumpió—. Quiero que toquemos esto, que suele ser tema de debate.

—Sí, el dinero era mi único aliciente, así como el de la mayoría. ¿Existe gente que realmente disfruta de este trabajo? Sí, pero en pocas ocasiones y con determinadas personas, claro está.

—¿Considerarías que te están usando? —preguntó Amy.

—No. Sé que hay mucha gente que prohibiría la prostitución porque cree que todos los que la ejercemos, de una forma u otra, estamos siendo esclavizados, tratados como meros objetos. Puede

ser, pero no menos que otros. ¿A quién le gusta limpiar suelos o ejercer como abogado en aburridos y monótonos litigios, por ejemplo? A poca gente, pero se hace porque se necesita el dinero. Yo lo veo así de simple. Otra cosa, por supuesto, es la trata sexual, pero es un tema completamente diferente.

—Gracias por el apunte. Continúa, por favor.

—Pues bien, me llevó a un hotel cercano y pidió una habitación en el acto. Subimos y tuvimos sexo durante una hora. Era una mujer muy cariñosa conmigo. Luego, simplemente durmió abrazada a mí. Me pagó seiscientos dólares.

—¿Es así de fácil en la mayoría de los casos? —preguntó Amy.

—No siempre, pero suele serlo con las mujeres. En general, son bastante más respetuosas que los hombres, y muchas veces no quieren sexo, sólo compañía, que las acompañes a algún lugar... por lo que sé de otros compañeros de profesión que trabajan tanto con hombres, ellos piden cosas más extravagantes.

—¿Alguna vez has sido cliente de un hombre?

—No. Creo que no podría —la respuesta supuso un alivio para Amy—. Clientes mujeres no hay muchas, pero en las grandes ciudades se puede encontrar.

—¿Cuál es el nivel socioeconómico de tus clientas?

—Medio alto como mínimo. Algunas tienen mucho dinero. También es cierto que yo siempre he sido muy profesional y me ofrezco en páginas de Internet exclusivas que cobran cierta cuota. También habrá, por supuesto, clientas con menos recursos que tengan que recurrir a escorts que exijan menos dinero.

—¿Se crea un vínculo especial con las clientas?

—Sí. Algunas incluso se enamoran. Cuando ocurre eso, corto la relación profesional con ellas. Lo contrario no es bueno ni para ellas, que sufrirían porque el amor no es correspondido, ni para mí, que no podría hacer correctamente mi trabajo. Independientemente de esto, con otras clientas se suele repetir. A ellas, verdaderamente, no les gusta estar con infinidad de escorts; prefieren encontrar uno que les guste y estar a gusto con él. Por ejemplo, en este cliente estoy con una clienta a la que ya he acompañado a otros cinco viajes —A Amy se le vino a la mente la imagen de Eliza y se estremeció.

En fin, así continuaron otro rato y se pudo terminar un primer borrador del artículo, que no era excesivamente extenso porque así se lo había requerido el director de la publicación a Amy, pero ella tenía material de sobra para añadir en caso de que se le pidiera.

Volvieron al crucero y allí Carl se despidió: debía trabajar, tenía una ex esposa a la que pasarle la pensión. Amy lo comprendió y, entre lágrimas, se despidió de su amado, dedicándose el resto de la noche a terminar el artículo. A la una de la mañana, accedió a la sala de ordenadores del crucero, se conectó a Internet y envió a su jefe la transcripción del artículo. ¡Ojalá le gustase, ojalá no fuese demasiado escandaloso! Deseaba tanto no tener que escribir más sobre moda y otros temas banales...

Antes de regresar a su camarote para dormir, fue hasta la cubierta nueve y, muy lentamente para no ser oída, pegó su oído a la puerta 930. ¡Qué forma tan tonta de sufrir, qué forma tan innecesaria de



corroborar lo innecesario! No era la primera vez que lo hacía y, posiblemente, mientras permaneciera en el crucero, no sería la única. Escuchó, efectivamente escuchó sonidos que le desagradaron sobremanera, y regresó a su habitación, mientras meditaba en la necesidad que tenía de obtener el trabajo: lo necesitaba, ya no por ella sola, sino por Carl, ya que ganaría más dinero y lo podría ayudar económicamente a sus obligaciones. Él podría buscarse un empleo normal. Pero, ¿qué opinaría de todo esto? Temía proponérselo pero debía hacerlo, tarde o temprano, o moriría de celos. Afortunadamente, el viernes cada vez estaba más cerca, día en el que el crucero regresaría a Barcelona y ya habría terminado aquel trabajo.

# Declaración de guerra

Martes.

Las nubes habían invadido el cielo y no era de extrañar que, en cualquier momento, comenzase a llover.

Eran las diez de la mañana. Amy había subido al buffet y desayunaba al aire libre de la cubierta, en una pequeña mesa. Alrededor de ella, parejas y familias que comían juntas. ¡Cuánto deseaba que le acompañase en ese momento Carl! ¿Se habría despertado ya?

Le dio un sorbo a su café. El crucero ya había atracado en Nápoles, y las vistas mostraban una ciudad vieja y con mucho carácter.

Cogió su móvil y comprobó si tenía algún correo electrónico o mensajes nuevos. Nada.

*¿Has leído el artículo?*, estuvo a punto de escribirle a su jefe.

*Vamos, se lo mandaste anoche. Ha pasado muy poco tiempo. Ya le escribiré si él no contacta conmigo antes.*

Intentó apartar de su mente el trabajo, pues pensar en él no suponía más que fatigarse.

—Buenos días —dijo una voz firme desde la espalda de Amy, que se sobresaltó y vertió algo de café en su regazo.

*¡Mierda!*, dijo.

Se dio la vuelta y comprobó que era Gia. La saludó y, velozmente, antes de que la mancha se hiciera imborrable, empezó a retirarla como pudo con servilletas.

No le gustaba nada que Gia estuviera ahí. ¿Por qué había ido a hablarle? Sólo habían hablado en el casino. A parte de eso, ella los vio a Carl y a Amy almorzar juntos el día anterior. ¿Se lo habría dicho a Eliza?

—¿Puedo sentarme? —preguntó con una falsa sonrisa.

—Por supuesto.

Gia tomó asiento.

—Vaya, parece que no empieza el día de buena manera —dijo riendo maliciosamente, aludiendo al café que se había derramado.

—Parece que no... ¿qué quiere? —preguntó secamente, ya que sabía que de aquella conversación no podía salir nada bueno, y mejor acabar cuanto antes.

—Debe dejar en paz a Carl.

—¿¡Cómo!?! —Amy golpeó violentamente con una mano la mesa. Cuando reparó en su ira y en el escándalo que estaba a punto de desatar, se calmó—. ¿Por qué... por qué me dice eso?

—Usted sabe muchas cosas. Eliza ya me ha dicho que, cuando viniste a hablarnos, sólo era para espiarnos. ¿Se cree una detective? ¡Já! —comenzó a reír. Le resultó absolutamente desagradable

a Amy—. Le repito que debe dejar a Carl. Mi amiga y él tienen una relación especial, y no debería interferir en ella.

—Ah, ¿sí? ¿Está usted segura? —preguntó con altivez Amy, que recordaba las palabras de Carl cuando le explicó que a veces las clientas se enamoran de él—. Pues que elija él a quien quiera, ¿no?

—Sí, parece que ya lo ha hecho —y señaló con la mirada hacia el buffet, donde Amy pudo ver a él y a Eliza, juntos, eligiendo su desayuno y, a continuación, sentándose juntos.

Se le comprimió el corazón. Carl no le había visto, pero mejor. Su cara de desasosiego era probablemente muy reveladora, y se hubiera muerto de la vergüenza si lo notaba.

—No se acerque a él —comenzó a decirle de nuevo Gia, esta vez adoptando un tono más agresivo—. No joda a mi amiga, ¿de acuerdo? Si lo hace, va a salir muy mal parada. Fatal.

Formulada esta amenaza, la dama se levantó y se fue. Amy, por su parte, para no tener que soportar la desgarradora estampa de su amor desayunando con otra mujer, también abandonó el lugar.

Se recluyó en su camarote y lloró hasta que no le quedaron más lágrimas. ¿Por qué? ¿Por qué tanto odio? ¿Qué le había hecho a esa mujer? Claramente, Eliza había enviado a Gia a que la intimidara. Quizás, ésta última ayudaba a su amiga por su cuenta, aunque posiblemente no fuera el caso. Y respecto a Carl... dijo que tenía una relación especial con la mujer. Amy estaba segura de que no, de que era Eliza la que la tenía con él, de que Eliza no era para Carl una clienta más, que Amy era la persona especial para Carl. Pero, ¿y si la que se equivocaba era ella? ¿Y si Carl la había infestado de promesas falsas sólo para acostarse con ella? ¡Ah, ahora Amy no estaba tan segura de los sentimientos de su amado, y ni siquiera podía hablar con él!

Pasó el resto de la jornada deprimida y, por la tarde, fue a visitar Nápoles, una ciudad que, aunque sí tenía cierto encanto, era un mundo totalmente opuesto a lo que había visto en Roma o Florencia.

Aquel día no cenaría en la calle para, con suerte, encontrarse con Carl en el restaurante del barco si él tampoco comía fuera. Con este pensamiento, se dirigió de vuelta al crucero temprano, pero en el camino descubrió, sentados en una pequeña terraza tomando café, a su amado con Eliza. La imagen le estremeció, y decidió que no podía esperar a la noche para hablar con él. Así pues, se sentó en un banco apartado, algo escondido, desde donde ella les pudiera observar pero ellos a Amy no, y desde ahí escribió un mensaje a Carl. Afortunadamente, el día anterior habían tenido la prudencia de intercambiarse los números de teléfono.

*Soy Amy. Te veo. Te espero detrás del edificio rosa. Necesito hablar contigo.*

Lo envió y observó como Carl comprobaba su teléfono. Eliza le dijo algo, aunque no alcanzó a leerle los labios. Probablemente le preguntaría quién le escribía. Lo que él respondiera, no lo sabía. Comenzó a escribir.

*No puedo ahora, estoy trabajando.*

Mierda. Ahora Amy pensaba que no quería hablar con ella. Temía que tal posibilidad fuera real, así que insistió.

*Es urgente. Estoy muy mal.*

Observó como comprobaba de nuevo su teléfono y escribía.

*Pasa por delante de nosotros, pero a una distancia prudencial. Yo me levantaré, te saludaré y hablaremos sin que nos escuche.*

¡Bien! Parecía que no estaba todo perdido. Se armó de valor, y ejecutó el plan como le había indicado. Pasó a unos diez metros de ellos, muy erguida, mirando siempre hacia el frente. Se sintió un poco ridícula porque ni ella misma se creía su interpretación, pero confió en que funcionara.

*¡Hey, Amy!*, gritó a lo lejos Carl mientras saludaba con el brazo. *Un momento*, le dijo a Eliza y abandonó la mesa, dirigiéndose hasta su enamorada.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó.

— ¿Por qué estás con ella? —preguntó de vuelta Amy.

— Porque me lo ha pedido. ¿Qué ocurre?

— ¿Todo lo que me dijiste era cierto?

— ¿De qué hablas? —no sabía a qué se refería.

— De que me quieres y quieres estar conmigo —sentenció.

— ¡Claro que sí! ¿Qué te hace pensar que te miento? —su tono denotaba verdadera preocupación.

— Esta mañana Gia me advirtió que no me acercara a ti, Carl, me ha amenazado... me sentí fatal. Además, me dijo que tú y Eliza tenéis una relación especial... yo... yo no sé qué pensar —hizo un esfuerzo por contenerse las lágrimas.

— Joder, menuda tiparraca... te voy a contar algo: hoy, precisamente, Eliza me ha estado haciendo preguntas muy raras, del estilo si siento algo por alguien. Nos han debido de ver.

— Sí, lo han hecho. Por cierto, ¿tú qué has contestado a su pregunta?

— He dicho que no, que estoy soltero.

— Me parece un gran feo hacia mí —Amy se sentía afligida.

— ¡Vamos, no te enfades! ¿Qué quieres que le diga? Están pasando cosas muy rápidamente, y Eliza es una mujer muy celosa. Si le digo que estoy contigo, posiblemente no me pague. Tiene un genio horrible. Me hace falta el dinero, ya lo sabes.

— Lo sé. ¡Maldito dinero! —vociferó.

— *Sssssh* —la chistó—, que te va a oír... escucha, cariño...

— Hacía mucho que no me llamabas cariño —lo interrumpió sonrojada.

— Es cierto —le sonrió con complicidad—. Iba a decirte que, nada más que termine este cruce y cobre, no volveré a trabajar con Eliza.

Pasaron unos segundos y, tras reflexionar, añadió:

— No sólo eso, sino que voy a dejar este mundo, ¿sabes? Me buscaré un trabajo normal y tendremos una relación normal. Quizás tengamos que apretarnos el cinturón, pero no quiero hacerte más daño.

¡Aleluya! Tal confesión colmó de alegría a Amy, que ahora esbozaba una sonrisa de oreja a oreja.

— Muchísimas gracias por pensar en mí —le dijo de corazón—. Era algo que quería hablar contigo, pero me lo has hecho más fácil.

— Por ti lo que sea, mi amor.

— Sé que no puedo abrazarte delante de ella, pero que sepas que me encantaría... —dijo anhelando al hombre al que sólo tenía a unos centímetros de ella.

— Y yo me muero de ganas de besarte... luego cenaremos juntos, ¿de acuerdo? Y después, antes de irme con Eliza, me pasaré por tu camarote para abrazarnos unos minutos.

— Me parece una idea exquisita —le contestó con tono infantil.

Carl miró hacia atrás y vio a Eliza, reclinada sobre su asiento, utilizando el móvil de él.

— ¡Mierda! ¡Tiene mi móvil! —dijo violentamente.

— ¿Qué? ¿Te lo dejaste en la mesa? —preguntó atónita, como si tal gesto fuera una locura.

— Sí, no pensé que lo fuera a usar... espero que no esté leyendo nuestra conversación. Me tengo que ir —y volvió a la mesa apresuradamente.

Eliza le devolvió el móvil entre risas, excusándose en que sólo lo había cogido para hacerse unos selfies, para que la recordara cuando no estuvieran juntos. Sonaba a acosadora. Y sí, era cierto que se había hecho fotos, pero Carl no podía saber si había leído sus conversaciones o no.

# ¡Guerra!

*Blusa azul con pantalones azules... ¿lo conjunto con tacones azules, o será mucho azul?* Tal era la preocupación de Amy. Tras ducharse, plancharse el pelo y ahora elegir su ropa, daba comienzo al ritual del maquillaje. Quería estar guapísima para la cena, ya que cenaría con su amor. Luego, podrían disfrutar unos momentos juntos en el camarote, que ya sabía que le sabrían a poco, pero al menos algo es algo.

Su móvil sonó y vibró un segundo. Un mensaje nuevo recibido.

*¡Carl!*

Se lanzó sobre el dispositivo y comprobó que había recibido un mensaje, pero no de quien pensaba: no tenía guardado al remitente. Era un número estadounidense. No sabía de quién se trataba y, sin embargo, el mensaje era de lo más misterioso:

*Nos vemos YA en la popa.*

¿En la popa? ¿Por qué allí? ¿Qué había allí? ¿Se podía siquiera acceder a ese lugar? ¿Quién coño le mandó ese mensaje y cómo tenía su número? Claramente era alguien del crucero. Amy pensó en Eliza, y recordó cuando aquella tarde Carl descubrió cómo utilizaba su móvil. Posiblemente, guardase el número de Amy en el suyo propio.

*Menuda bruja.*

Está bien. Quería guerra y la iba a tener.

Terminó de arreglarse lo más rápido que pudo y se dirigió hasta el lugar indicado. Sabía de sobra que iba hacia una trampa. Nadie es el primero en buscar pelea si está en desventaja, a menos que sea un temerario. Amy, cansada de las amenazas y deseosa de vivir su amor con Carl tranquilamente, se enfrentaría a lo que hiciese falta. En cualquier caso, no tenía ninguna prueba de que su enemigo, si es que lo era, fuese Eliza, por lo que debería comprobarlo.

Subió a la cubierta y rodeó desde fuera el puente de mando, hasta llegar al lugar indicado. No había ningún tipo de luz en aquella parte, estando así totalmente oscuro.

Sonó una estridente sirena y el barco, justo en ese momento, comenzó a salir del puerto de Nápoles.

*¡Qué casualidad!*

Aprovechando que todavía ni había llegado la persona que le esperaba, se acercó hasta la barandilla para disfrutar de la vista de la ciudad, que comenzaba a alejarse.

—Buenas noches.

Sólo por la voz supo de quién se trataba.

—Buenas noches, puta —esgrimió Amy, al tiempo que se volvía y descubría a Gia.

Por supuesto. Eliza era una cobarde y, por algún motivo, Gia le hacía de matona. Quizás le debiera algún favor, quizás ejercía tal papel con gusto. ¿Quién sabe?

—Aquí me tienes. ¿Qué te ha dicho esta vez tu jefa que me digas?

—Creo recordar que te dejé bien claro que dejaras a Carl —dijo, acercándose peligrosamente a Amy.

—Él quiere estar conmigo. Eliza debería entender que, si está enamorada de él, esto no es necesariamente recíproco. Oye, ¿y por qué le haces el trabajo sucio? ¿Por qué me amenazas? ¿Es que estás enamorada de Eliza, Gia? —preguntó con sorna.

La mujer bramó furiosamente.

—¿Sabes qué hora es? —la interrogó la señora.

—Sí, las nueve menos cuarto —dijo, mirando su reloj de muñeca—. Cenaré en quince minutos con Carl, así que sé breve, querida.

—¿Sabes por qué te cité hace tan sólo unos minutos? —preguntó empujando su cuerpo contra la barandilla y atrapándola.

—¡No me toques! —gritó zafándose— ¡No, no tengo ni idea de por qué! ¡Ilumíname!

—Todos los días, el crucero abandona la ciudad en la que ha estado atracado a las nueve menos diez.

—¿Y...? —preguntó sin entender aunque intuyendo lo que estaba a punto de ocurrir.

—Mira Nápoles, cada vez está más lejos. A ojo, creo que dista una distancia de quinientos metros, ¿estás de acuerdo?

Amy miró temblorosa hacia atrás y asintió con la cabeza.

—¡Lo suficiente para que llegues nadando a la orilla y no te ahogues! —dijo furiosa Gia mientras la agarraba con brusquedad por los brazos y, en un alarde de fuerza física que no se hubiera pensado en la dama, lanzó a Amy, literalmente, por la borda.

Durante la caída libre, nuestra desdichada protagonista no gritó, no porque no quisiera, sino porque estaba en tal estado de *shook* que había perdido la respiración.

Su cuerpo impactó contra el agua, hiriéndose la espalda, y se sumergió. Transcurrieron unos treinta segundos hasta que saliera a la superficie, casi ahogada. Había tragado mucha agua.

El crucero ahora estaba a unos cien metros de ella. Gritó, gritó y gritó, pero no parecía que nadie le escuchara.

# Entre mareas

La mar estaba mucho más picada de lo que se podía percibir desde el barco, que ahora era un punto en la lejanía. Tal capricho de la naturaleza sumado a las menguadas fuerzas de Amy a causa de la caída, apenas le permitían subir a flote cada vez que era hundida por las violentas agitaciones de las olas.

Llegar hasta la orilla de Nápoles le estaba resultando una tarea titánica. No sabía hacia dónde se dirigía exactamente. Era de noche, ningún faro alumbraba hacia donde ella estaba y tampoco había ningún barco en el mar, pero ella, aún así, no cesaba de lanzar gritos ahogados al aire pidiendo ayuda.

*¡Socorro, socorro... socorro!*

Luchaba con todas sus fuerzas, pero Amy no podía hacer frente a la caprichosa naturaleza, que estaba segura que iba a acabar con su vida en esos momentos tan angustiosos.

Se le vino un momento a la mente la imagen de Carl esperándola impacientemente en el restaurante. ¡Desdichada mujer, que aun en el momento en el que está a punto de desfallecer, piensa en su amado!

Las olas continuaban golpeándola y ella tragando agua. Finalmente, se desmayó.

Afortunadamente para Amy, cuando ya parecía que todo estaba perdido, el revoltoso mar condujo rápidamente su cuerpo hasta una pequeña y sucia playa de la ciudad, rodeada de buques cargueros en una zona industrializada.



# La oscura noche

Amy abrió los ojos. Su cuerpo tiritaba impulsivamente y acurrucado sobre sí mismo para resguardarse del frío de la noche; cualquiera que la hubiera visto pensaría que estaba a punto de morir de hipotermia.

Había una hoguera improvisada justo a su lado, y tenía echada sobre su cuerpo una manta roñosa.

De un sobresalto se reincorporó, miró a su alrededor y descubrió a un hombre con aspecto absolutamente desaliñado, con una melena sucia que le llegaba hasta la espalda, ropas roñosas y semblante serio. Estaba al otro lado de la hoguera, sentado sobre la arena. Era, claramente, un indigente. Junto a éste había otro cuerpo tumbado, pero con tantas mantas encima que no pudo verle el rostro, siquiera averiguar si se trataba de un hombre o una mujer.

La escena se desarrollaba bajo un pequeño puente de ladrillo construido donde todavía había arena de la playa. Al fondo, se podían escuchar las feroces olas agitándose. Amy se estremeció.

—¿Dónde estoy? —preguntó temblorosa al hombre.

—¡Ah, *donna inglese!* —dijo alegremente el estafalario señor, que se levantó y comenzó a dar palmas y bailar dando vueltas sobre él mismo.

*Oh, Dios mío... ¿dónde diablos estoy? ¿Quién es éste? ¿Qué me han hecho?*

Todo su cuerpo le dolía por las embestidas del mar, pero especialmente la espalda, a causa de la caída desde la popa.

*Gia... maldita seas... loca...*

— ¡No, no... soy americana! —volvió a dirigirse al hombre—. ¿Habla mi idioma?

— ¡Sí, un poco! —respondió aquel pobre indigente con un marcado acento, que ahora se sentó sobre el suelo al lado de Amy, casi rozándola, cosa que le incomodó mucho.

— ¿Qué ha pasado?

— Las olas te trajeron hasta la orilla. ¡Estabas inconsciente! Te vi y te traje. ¡Te tuve que hacer el boca a boca!

— ¿¡Cómo!? —Amy se asqueó profundamente ante tal confesión.

— ¡Es broma! —el hombre comenzó a reír muy sonoramente y con la boca muy abierta, mostrándole a Amy, sin complejo alguno, un solo diente en toda la boca.

Como respuesta a todo el ruido que provocaba el indigente, el otro cuerpo que se hallaba ahí cerca, envuelto en sábanas, lo chistó sin moverse, para hacerlo callar:

— ¡Ssssh, silencio, coño! —por su voz, Amy reconoció a una mujer.

Toda la escena se le antojaba increíblemente surrealista.

— ¿Dónde estoy? —preguntó aturdida.

— San Giovanni a Teduccio —contestó, sin que la respuesta aclarara la duda de Amy.

— ¿Eso está en Nápoles? —insistió.

— ¡Sí, la ciudad más asquerosa de Italia! —el hombre volvió a reír solo.

*Vale, analicemos la situación, comenzó a pensar Amy, estoy en Nápoles, es de noche, mi barco está presumiblemente muy lejos y no tengo forma de contactar con nadie... entonces recordó algo de vital importancia.*

Todavía tiritando por el frío y con las ropas mojadas, dobló su cuerpo con las pocas fuerzas que le quedaban y metió la mano en su estrecho bolsillo trasero.

*Joder, menos mal que hoy me he puesto vaqueros.*

Sacó su móvil y comenzó a trastearlo, pero éste no funcionaba.

*¡Mierda, mierda, mierda, se ha mojado!*

La única persona con la que podía contactar que estuviese en el crucero era Carl. Él podría avisarla y que éste diese la vuelta. ¿Daría el barco marcha atrás sólo por ella? Era algo que en ese momento comenzó a plantearse.

*Vale, no tengo móvil... ¿qué otra opción tengo...? Puedo ir a la embajada, aunque supongo que no abrirá hasta por la mañana... pero, ¿y la policía? Ellos me ayudarán, ¿no? Imagino que habrá algún registro para consultar de los barcos que han atracado hoy en Nápoles, y así ellos les avisarán de lo ocurrido.*

— ¿Tienes móvil? —le preguntó al indigente, esperanza en que, si la respuesta era sí, podría insertar en su dispositivo la tarjeta SIM del móvil mojado, y así llamar a Carl.

Naturalmente, el hombre contestó que no. Amy le preguntó si podían ir a alguna comisaría de policía o a casa de alguien a pedir ayuda, pero justo cuando terminaba de pronunciar la última palabra, un rayo muy potente tronó muy cerca y comenzó a llover copiosamente. El tiempo había empeorado en muy poco tiempo.

— No es buena idea, señora. Mejor quédate aquí con nosotros.

Pero a Amy no le hacía ninguna gracia aquella propuesta. ¿Y si le hacían algo aquellos dos? Realmente, no tenían ningún motivo para ello, ya que, al menos aquel hombre, que era el único que la había socorrido hasta entonces, se había portado muy bien con ella.

Pese a todo esto, Amy, desconfiada, se incorporó, dio las gracias al indigente por sus cuidados y comenzó a andar sin rumbo. Recién salió del techo del puente, otro rayo volvió a sonar peligrosamente cerca, no se sabe exactamente dónde, pero se pudo ver su luz y escuchar su impacto perfectamente.

Amy claudicó y volvió junto con los indigentes, ahora más mojada que antes por la lluvia. ¿A dónde iba a ir? No tenía ni dinero, ni su documentación, ni absolutamente nada aparte de un móvil inservible. Posiblemente, pensó, lo más sensato era aguardar hasta la mañana. Allí al menos tenían un pequeño fuego.

— ¿Cómo te llamas? —le preguntó al hombre mientras se escurría el pelo y la ropa.

— ¡Angelo, me llamo Angelo! —contestó y comenzó a cantar alguna canción italiana que Amy no conocía.

¿Estaría borracho o sería así de demente todo el tiempo?

— ¡Calla, hijo de puta! —la otra indigente se retiró las sábanas que la cubrían, se levantó violentamente y, descubriendo así un rostro arrugado y quemado por el sol de unos cincuenta años, empujó con todas sus fuerzas a Angelo contra una pared, que, tras un aullido de dolor, continuó su recital. La mujer resopló y volvió a acostarse en la arena.

— Angelo, necesito tu ayuda —le dijo Amy, que consiguió que el hombre, al fin, se callase—. Debo hacer una llamada telefónica, ¿se te ocurre algo?

— ¡Ah, tengo una idea buenísima, dame tu móvil! —Esas palabras no le hacían ninguna gracia a Amy, y rehusó al principio de obedecerle—. ¡Dámelo, dámelo, dámelo, confía en mí! —finalmente cedió.

El indigente abrió una gran mochila que había allí, propiedad suya, y sacó primero un cuenco de madera en el que depositó el dispositivo. A continuación, se hizo con un paquete abierto de arroz y arrojó todo el contenido que restaba en el cuenco.

¡Qué buena idea! ¡Así, con un poco de suerte, el arroz absorbería el agua del teléfono y este volvería a funcionar! Aunque se había mojado tanto que quizás esto no surtiría. En fin, Amy estaba muy contenta porque, aunque sí se le había ocurrido tal idea, no hubiera pensado que aquellos indigentes tendrían allí arroz, que tan generosamente compartieron con ella para el experimento.

Su estómago rugía, pero no se atrevía a pedir comida alguna a aquellas dos personas que no tenían apenas nada. Confiaba en que al día siguiente todo estuviese resuelto.

Con esta esperanza, se tumbó en la arena de nuevo y se cubrió con la misma manta roñosa que Angelo había utilizado para resguardarla del frío. Temía que la hoguera se apagara de un momento a otro debido al horrible viento que azotaba, pero al menos, mientras el fuego permanecía vivo, les calentaba de una manera muy agradable.

# La pesadilla

Carl estaba en la mesa, aguardando a Amy desde hacía seis horas. El Restaurante Caribe estaba cerrado desde hacía mucho; hasta los camareros y cocineros se habían marchado ya a descansar. Carl estaba solo allí, aguardando pacientemente en la oscuridad del salón, con un brazo apoyado encima del otro, ambos sobre la mesa, con aspecto cansado y desesperado.

Entonces, la puerta principal se abre, filtrándose algo de luz del pasillo. Carl sonrío y adopta una posición más erguida. Piensa que, por fin, está aquí su amada.

Pero por la puerta entra Eliza, que enciende las luces y se sienta junto a él, que vuelve a desanimarse.

—Ese asiento es de Amy —le espeta Carl, ahora furioso.

—Amy no va a venir, Amy no te quiere —le contesta tranquila.

—¿Cómo? ¿Por qué dices eso? —comenzaba a alterarse, creyéndose completamente sus palabras.

—Me han dicho que se ha ido. Que se cansó de ti, y saltó por la borda. Ha conocido a un italiano y se ha enamorado. No te quiere, mi amor —Carl comienza a llorar desconsoladamente, como un niño chico.

Amy ve la surrealista escena en tercera persona. Quiere gritar, desea gritar que todo lo que esa mujer dice es mentira, que ella le ama.

*¡Te quiero, Carl!*, intenta vociferar, pero no puede pronunciar ni una palabra.

Entonces, Eliza se levanta, se acerca a Carl para consolarlo y lo abraza. A continuación, ambos acercan sus labios para besarse, y de la boca de Eliza sale una lengua larguísima, de cerca de cuarenta centímetros, que se adentra en la de Carl.

Amy comienza a gritar. Por fin le sale la voz del cuerpo y la pesadilla da lugar a la realidad.

Se despierta por sus propios gritos. Cuando comprende dónde está y que todo era un sueño, se calla.

*Joder*, se le escucha decir a la indigente.

# S.O.S.

**M**iércoles.

Tras la horrenda pesadilla habían transcurrido dos horas y Amy todavía no lograba volver a conciliar el sueño. Quizás era el momento de claudicar y pedir ayuda.

Pero todavía llovía y hacía bastante viento. No tanto como por la noche, pero lo suficiente para mantener a Amy retenida bajo aquella gruesa, sucia y roñosa manta. La hoguera se había apagado.

Entonces reparó en que algunos matutinos y discretos rayos de luz que emergían de entre las nubes comenzaban a calentar su rostro.

*¿Qué hora será?*, se preguntó. No sabía a qué hora salía el sol en aquella época y ciudad, pero desde luego muy tarde no podía ser.

*Como mucho, las seis.*

Amy apartó la mirada del cielo, que lo contemplaba resguardada bajo el puente, y centró su atención en el cuenco de arroz, que atrajo hasta sí. Introdujo su mano en el montón de granos, y extrajo su móvil, que al tacto al menos parecía completamente seco.

Mantuvo presionado el botón de bloqueo durante varios segundos y, ¡milagro!, la pantalla respondió y se iluminó.

Amy, nerviosa, reclinó su cuerpo y aguardó impacientemente a que el aparato se reiniciara completamente. Éste indicaba que eran las 5:45 de la mañana.

Buscó el contacto de Carl, decidida a llamarlo. Entonces, reparó en algo: estaría con Eliza. Y esta sabría que lo llamaba Amy. En fin, probablemente se sentiría muy dichosa por haberse librado de ella, y ya nada peor le podía ocurrir

Realizó la llamada y transcurrió mucho tiempo sin que Carl respondiera. Amy pensó que, quizás, tuviera el móvil en silencio.

—¿Sí...? —respondió el hombre, finalmente, con cierto jadeo que nuestra protagonista pudo percibir.

—Carl... —comenzó a llorar de la emoción—. ¿Te he despertado...?

—Sí... pero, ¿qué ocurre? ¿Estás llorando? —hablaba casi susurrando.

—¿Estás con ella, verdad? —preguntó, haciendo referencia a Eliza.

En ese momento Amy pudo escuchar cómo los dos indigentes se quejaban del ruido que hacía, pero no les hizo caso.

—Sí, ya lo sabes... ¿dónde estuviste anoche? Te estuve esperando...

¡Cuantísimo le dolía a Amy esa imagen, imaginar a su hermoso Carl aguardándolo en la mesa, solo, sin saber qué había ocurrido!

Le explicó todo lo acontecido y, aunque se trataban de hechos muy extraordinarios y muy penosos por parte de Eliza y Gia, Carl la creyó sin duda alguna.

—Voy a avisar a alguien... debemos denunciar a estas dos locas —dijo él.

—¿Quién me va a creer? Quizás en la popa haya alguna cámara, pero creo recordar que no vi ninguna. Es mi palabra contra la suya. Es una locura. No sé si merece la pena, Carl...

—Hay que intentarlo. Hablaré con el mismísimo capitán. Y respecto a la arpía esta... se va a enterar —ahora su tono sonaba ciertamente agresivo.

—No hagas nada, Carl. Sigue con ella hasta el viernes. Necesitas el dinero. Dijiste que te pagaría mucho, ¿verdad? Te hace falta. A los dos. Luego podremos comenzar una nueva vida... recuerda todo lo que dijimos: tú buscarás un nuevo trabajo, yo quizás obtenga uno nuevo... —hablaba mecánicamente, y fue en ese momento cuando reparó en que, ciertamente, no tenía ni idea de si habría recibido alguna respuesta del director de la publicación, lo cual le causó una enorme curiosidad.

—Ni todo el dinero del mundo justificaría que no te defendiese, amor mío.

¡Cómo disfrutaba Amy escuchando esas palabras! ¡Cuánto le gustaba saber que existía alguien ahí, que estaba dispuesto a pelearse por ella, a defenderla ante todo mal que le acechara! Ya nada importaba todo el daño que le había hecho en el pasado, todos aquellos años perdidos que podrían haber estado juntos... ¡estaba enamorada de él, y viceversa, eso era una obviedad! Y esas últimas palabras... ese *amor mío* terminó por derretir a Amy.

Se despidieron y se hicieron prometer comunicarse toda novedad.

El sol ya asomaba más por el horizonte. Le quedaba poca batería en el móvil, aunque no tenía ni documentación ni dinero consigo. Necesitaba hallar un cargador para poder continuar comunicándose con Carl.

Decidió no despertar a los indigentes, aunque se sentía muy agradecida por el hecho de que la habían socorrido, especialmente Angelo. Así pues, se levantó de donde estaba y, sucia, con las prendas todavía húmedas y cubierta de arena, se dispuso a encontrar algo de ayuda.

# Todavía perdida

Amy anduvo durante cerca de una hora por las calles de Nápoles. Como todavía era muy temprano, no había muchas personas en la calle, pero las pocas con las que se cruzó, les preguntó dónde había alguna comisaría de policía. Desgraciadamente, el idioma fue un obstáculo en todos los requerimientos de ayuda, y sólo recibió señas como respuesta. Sin embargo, siguiendo estas pobres indicaciones, finalmente sí que logró encontrar una comisaría.

Entró y los agentes que hacían turno quedaron asombrados por el mal aspecto que traía nuestra protagonista, que les relató todo lo ocurrido.

Éstos no la terminaron de creer, pero, en cualquier caso, para evadirse del problema y tras realizar algunas investigaciones, la condujeron a la oficina del agente consignatario del puerto bajo cuya responsabilidad estaba, en aquella ciudad, el crucero en el que viajaba Amy.

Una vez que se quedó a solas con el buen hombre, que por su edad debía estar a punto de jubilarse, ésta le narró, tal y como hizo con la policía, todo lo ocurrido: cómo Gia la había lanzado por la borda, por qué motivo lo había hecho y el auxilio que había recibido por parte de Angelo. El anciano la escuchó atentamente, o al menos dio esa impresión, y pareció creerla o, cuanto menos, no objetó nada contra su versión en ningún momento.

*Puede denunciar si lo desea, decía el hombre en un perfecto inglés, pero no sé si le servirá de algo. Creo recordar que en la popa no hay cámaras, aunque quizás me equivoque. Me ha comentado que su amigo... o novio, como prefiera, va a comentárselo al capitán. Debería enterarse de si hay cámaras o no. Si la respuesta es negativa, me temo que de poco servirá la denuncia, pero siempre puede intentarlo.*

Su consejo era sincero. Tras esto, le comentó que sí era común que algún pasajero se perdiera por la ciudad y no subiera a tiempo al crucero, pero que alguien cayera por la borda era la primera vez que ocurría. En cualquier caso, el procedimiento era el mismo: mandar al pasajero al próximo destino en el que atracara el barco, siempre debiendo éste abonar todos los gastos.

Aquel día, miércoles, el crucero estaba en Palermo, pero justo tenía lugar una huelga indefinida de controladores aéreos en toda Italia, de forma que ningún avión entraba o salía.

La otra opción era el tren, pero Palermo quedaba a tanta distancia de Nápoles que, para cuando llegara, el crucero ya habría partido hacia Cagliari. De esta forma, el buen hombre le recomendó quedarse en algún hotel de la zona que él la ayudaría a buscar, y esperar algunos pocos días a que la huelga terminase, aunque siempre era libre de hacer lo que gustase y marcharse por su cuenta.

Amy, prudente, decidió obedecer al señor, y juntos buscaron un lugar no muy caro en el que pudiese hospedarse. Aunque el gasto lo asumió la empresa crucerista, más adelante se le envió una factura a Amy a casa.

En fin, nuestra protagonista fue acompañada por el agente consignatario al que sería su hogar durante no sabía cuánto tiempo, y le facilitó algunas prendas básicas y útiles de higiene, ya que ella no disponía de nada. Su habitación era la 625, ¡curiosa coincidencia! Era exactamente el mismo que en

el crucero.

En la recepción del hotel le prestaron un cargador para el móvil. Devolvió a la vida el suyo, al que ya no le quedaba ninguna batería, y llamó a Carl para explicarle lo ocurrido.



# Epílogo

**J**ueves de madrugada.

Eran las tres de la mañana. Amy había hablado con Carl hacía tan sólo unas horas, y le había explicado cuál era su paradero actual. Él le había dicho que sí logró hablar con el capitán, pero que, tal y como dijo el agente consignatario, no había cámaras en la popa, por lo que denunciar sería perder el tiempo.

*No importa*, contestó Amy, que no tenía ningún interés en la venganza, y que se contentaba tan sólo con tener a Carl junto a ella y que sus enemigas no lograran sus objetivos.

*Toc, toc*, se escuchó al otro lado de la puerta, pero como nuestra protagonista permanecía dormida, no se percató de que llamaban.

Los golpes se repitieron y ya Amy se despertó, se levantó y abrió.

*¡Carl!*, dijo efusivamente al ver al hombre al que tanto amaba. Se abalanzó a él, lo abrazó y lo besó incansablemente. Después, lo invitó a entrar y, tras abrazarse en silencio durante cinco largos minutos en los que ambos lloraron, tras este emotivo momento, comenzaron a conversar:

—Cuando me dijiste que estabas en este hotel, en esta habitación, era evidente que me iba a bajar del barco e iba a ir a por ti.

—¡Ah, Carl...! Deberías haberte quedado en el crucero, aprovechando los dos últimos días... — contestó Amy.

—¿Sin ti? ¡Ni lo pienses! Disfrutaremos estos días en Nápoles hasta que vuelva a haber vuelos, ¿qué me dices? —le preguntó mientras la besaba una y otra vez—. Ya he avisado a la compañía de que guarden nuestras maletas, que ya las recogeremos.

—Mi amor, piensas en todo... ¿qué ha sido de Eliza?

—No me hables de ella. Es una arpía y le dije todo lo que pensaba. Se limitó a llorar. Ha sido muy mala. No me merece la pena su dinero —hablaba todavía con muy buen tono—. Por cierto, ¿sabes ya si te han dado el trabajo?

¡El trabajo! Amy se podría haber conectado a Internet desde el hotel para ver si su jefe se había manifestado ya sobre su artículo, pero estaba tan cansada que lo había logrado por completo.

Bajó velozmente a recepción y preguntó por la clave del wifi. Una vez que la tuvo, subió de nuevo a la habitación, donde le esperaba Carl.

Se conectó a Internet y, ¡le llegó un mensaje del director de la publicación!

—¿Qué dice? —preguntó ansioso Carl, que en primer lugar recibió un grito de alegría por parte de Amy.

—¡Lo tengo, lo tengo, tengo el trabajo! —ambos se fundieron en un tierno abrazo—. ¡Le ha encantado el artículo, y te lo debo a ti!

Y en esta escenas tan deliciosa dejamos a Amy y a Carl, que habían comenzado aquel viaje en el

crucero sin tener ni idea de las aventuras que les deparaban, y la vida, el proyecto común que les iba a unir de ahora en adelante.

# Nota de la autora

¡Muchas gracias por leer mi primera historia! Si no te es de mucha molestia, para mí sería de gran utilidad que puntuaras la obra en Amazon, cosa que te agradecería sobremanera.

Espero que leas mi próximo libro. ¡Un saludo!

Natalia Diván.